

La Ilustración Artística

Año XVIII

BARCELONA 24 DE ABRIL DE 1899

Núm. 904

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA SILLITA DE LA REINA, cuadro de Fred Morgan

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *El pintor español Eliseo Meifrén*, por A. — *Los hermanos heroicos*, por la condesa Colonna. — *Frasas populares. ¡Es un laberinto!*, por Lope Barrón. — *Cartas de hombres: Intimidad*, por Rafael Altamira. — *Nuestros grabados.* — *En el fondo del abismo*, novela (continuación). — *Monumento erigido en Cabo Martín a la memoria de la emperatriz Isabel de Austria.* — *El himno de la fiesta.* — Libros y periódicos.

Grabados.—*La sillita de la reina*, cuadro de Fred Morgan. — *Port-lligat (Cadaqués).* — *Playa Puerto Cruz.* — *Cadaqués*, cuadros de Eliseo Meifrén. — *El pintor español Eliseo Meifrén.* — *Ofrenda de primavera*, cuadro de Enrique Vollet. — *Estudio*, dibujo de José Benlliure. — *El comité filipino en Hong-Kong.* — *Guerra de Filipinas. Oficiales y soldados del ejército tagalo.* — *Fiesta de Bacó en tiempo de las persecuciones de los cristianos durante el reinado de Nerón*, cuadro de F. C. Medovic. — *Recuerdos de la revolución cubana: Anverso y reverso de la moneda de un peso acuñada en Nueva York. Sellos de correos de 2, 5, 10 y 25 centavos.* — *Monumento a la emperatriz de Austria.* — *El himno de la fiesta*, dibujo de J. Gallegos. — *El almirante ruso Makaroff.* — *El buque «Yermak».* — *El actor japonés Ichikawa Danjuro* (tres grabados).

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Los Estados Unidos. — La confederación sajona. — El Transvaal. — Nicaragua y su canal. — El Oriente de nuestra Europa. — Conclusión.

Visto lo visto, América debía desistir de Filipinas y renunciar a Cuba. Pero no hay que forjarse ilusiones: América nunca desistirá de su empeño mientras Inglaterra nutra y prospere sus locas esperanzas. En la guerra última se ha visto, no ya el auxilio moral de los sajones monárquicos a los sajones republicanos, se ha visto el auxilio material. Ahora mismo Inglaterra no duda un punto en perturbar sus relaciones tradicionales con Alemania en Samoa, si esta perturbación le sirve a fortalecer su amistad con América. Comparad lo que sucedía en el Transvaal mientras Inglaterra no podía contar con América y lo que sucede ahora desde la confusión de los dos grandiosos Estados en un mismo ideal por las analogías de sus intereses. Entonces pudo Rhodes llegar hasta la irrupción. Su teniente Jameson desafió a los boeros invadiendo su territorio. Se necesitó la gran maestría propia del presidente Kruger y el apoyo prestado a su gobierno por la opinión universal para que rechazara Kruger a los filibusteros é impusiera sin escrupulo a los ingleses un proceso contra el irruptor, oficialmente maldecido hasta por el emperador de Alemania. Pues ahora, desde la inteligencia entre ingleses y yankis, todo ha cambiado. Las puertas de Berlín y Bruselas se abren al Napoleón del Cabo; las líneas telegráficas entre la Buena Esperanza y el Cairo se tienden sin dificultad; amenazan a Kruger intrincadas complicaciones diplomáticas; y en plena Cámara de los Comunes se anuncia por Chamberlain que Inglaterra conseguirá por él y por la paz lo que no pudo conseguir por Jameson y la guerra. Todo el mundo sabe que la tierra del Transvaal tiene muchas relaciones con las tierras del Cabo. Todo el mundo sabe que una y otra tierra están por mineros habitadas, en su mayoría ingleses los del Cabo, y batavos los del Transvaal. A los mineros ingleses se les reconoce allí por regla general igualdad de derechos civiles con los mineros holandeses; pero no igualdad de derechos políticos. Esta segunda igualdad requirieron primeramente con diplomáticas notas, después con irrupciones armadas. Vencidos los inslanders en la demanda, no volvieron a presentar reclamación y continuaron las cosas en su antigua estabilidad. Mas ahora, tras la guerra hispano-americana, nuevas reclamaciones presentan, y Chamberlain promete conseguir por la paz y la diplomacia lo que nunca se hubiera conseguido por la irrupción y por la guerra.

* * *

Aunque le cuesta mucho trabajo, nótase a primera vista que Alemania, cuando tropieza en sus negocios con las tribus sajonas de uno y otro continente, comienza por erguirse y concluye por entregarse. Tal ha pasado con los boeros; tal está pasando con Samoa; tal pasará en China. El querer oponerse y resistir a los casos de fuerza mayor no alcanza ningún resultado, cuando los recursos y los medios de defensa no concuerdan de modo alguno con los propósitos y los intentos. Si Alemania cayera en la demencia de combatir frente a frente con los sajones reunidos de América y Europa, recogerá la cosecha de males que recogen todos cuantos en aventuras insensatas se meten sin estimar antes sus fuerzas y sin saber hasta dónde pueden de su aplicación en resultados. La doble alianza entre la primer potencia europea y la primer potencia americana ostenta un carácter conquistador y guerrero inevitable. Se trata de dos potencias, las cuales por libres debían completar su li-

bertad perpetua con su perpetua paz. Un tiempo hubo en que reconocieron su providencial destino. Así no existió Parlamento en que las cuestiones internacionales examinadas al resplandor del nuevo ideal y expresivas del nuevo derecho despertaran interés tan vivo y merecieran discusiones tan profundas. Uno y otro Parlamento habían de consuno pensado en promulgar un código nuevo internacional bajo un expreso acuerdo. La palabra sacramental, el arbitraje, no se caía de los labios anglo-sajones en uno y otro mundo. Pero se ha comenzado la reforma, ¡contrasentido del fin de siglo!, por un déspota, y no la quieren los pueblos libres, entregados a la reacción por una terrible apostasía. ¿Cómo no ha de pasar esto cuando América se halla en pleno período de conquista, é Inglaterra sueña con todos los medios conducentes a recoger el Transvaal, por lo menos a disminuirlo y anularlo. No se puede hablar de ningún proyecto progresivo sin que asome la reacción su faz siniestra y se pida la vulneración de algún derecho, el holocausto de algún Estado. Gana muchísimo el mundo con que los aisladores istmos se conviertan en comunicativos canales, facilitando en el cambio de productos aquella comunicación del éter de las ideas que tanto agranda é ilumina el espíritu. Una obra de tal género lleva entre manos América por el centro de su continente. Pues apenas se habla del canal cuando se habla también de sacrificar a Nicaragua en su libertad é independencia. Dios tenga de su mano a los sajones.

* * *

Yo no tendría recelo alguno de guerra si en América y Asia y Oceanía y Europa y Africa no hubiese tantas y tan pestilenciales marismas despidiendo a la continua microbios de la guerra. Quien ofrece, como nuestro continente, al Sudeste un Imperio llamado el Imperio turco, no puede prometerse de sí mismo un instante de paz. Ahora se han sobrecitado los macedonios y los albaneses fuera de toda medida, y en formal combate han peleado las tropas de Constantinopla con las tropas de Bulgaria. En Serbia misma las dificultades surgen del suelo con espantosa espontaneidad y los peligros caen de lo alto en verdadero diluvio. Como si pasáramos por los tiempos de las monstruosidades políticas, que no han ido a las monstruosidades geológicas en zaga, Serbia tiene, como la histórica Esparta, dos reyes. Uno es el viejo

cosas han llegado tan lejos, que unas veces ha debido irse de la capital el ministro moscovita y otras veces el rey en persona. Pero esta situación tirante no puede durar. Serbia se halla en el caso de no disgustarse ni con la monarquía de los Austrias, tan cercana, ni con la monarquía de los moscovitas, sin cuyo apoyo no pueden vivir las naciones de los Balcanes y del Danubio. Pero Milano, si tuviera sentido común y sentido moral, estaría en el caso de comprender que ni los reyes, ni los reinos cristianos desprendidos de la Sublime Puerta, pueden hacer muchas valentías sin exponerse a mortales riesgos, y se iría de Belgrado, dejando el campo balcánico libre al rey su hijo y a los partidos en Serbia militantes. De otra suerte, provoca una catástrofe.

* * *

No hay que provocarlas, ellas vienen por sí mismas. El sultán padece todas las fascinaciones que lleva el abismo a los ojos de aquellos próximos a precipitarse por sus simas. Llena de remordimientos su conciencia, toma estos remordimientos por entidades y personas reales. A cada minuto cree que se desliza un asesino en aquel templo del asesinato constituido en su palacio, y le amenaza con hacerle purgar sus crímenes al filo del puñal y a los venenos tan conocidos en Oriente. No ha muchos días pasó asiática tragedia de las que popularizaron Byron y Hugo y Zorrilla en sus inmortales versos, Delacroix en sus luminosos cuadros. Un príncipe cristiano se prendó de una favorita del sultán. Y como el harén es allí sacratísimo y los eunucos destinados a su vigilancia y guarda tienen como el ave de Juno cien ojos, lo compró a fabulosa cantidad de oro sonante. Pocas veces las mujeres en los festejos koránicos se reúnen dentro de las mezquitas con los hombres. Pero en las últimas festividades las reúne la liturgia. Fué la favorita con todas sus innumerables compañeras de harén al templo, y al salir la robaron, ajustándose a las prescripciones que había dado el eunuco. Tal robo hirió en mitad del corazón al soberano, ofendido en su dignidad religiosa como sultán y ofendido en su dignidad religiosa como califa ó pontífice. Y mandó le llevaran en un plato la cabeza del eunuco infiel. Mas el oro por éste recibido lo dió para forjar una llave con la cual se abrió todas las puertas y se llegó al Bósforo, desde donde lo condujo un vapor a Europa. Abdul-Hamid no ha descansado un punto desde



PORT-LLIGAT (CADAQUÉS), cuadro de Eliseo Meifrén

Milano y otro el joven Milano, que por cierto llevan el mismo nombre, muy apropiado a sus respectivas extrañas condiciones. El rey Milano ha vendido ya dos ó tres veces su corona, cometiendo la estafa de quedarse con la corona y el dinero por cuyo valor a su hijo la vendiera. Este proceder intolerable halla grados de tolerancia en las potencias, según tienen más ó menos interés por la dinastía reinante. Mas no debe Rusia tenerlo muy desmedido cuando el ministro ruso en Belgrado no asiste a las fiestas del rey padre, no le denomina majestad, se pone durante las ceremonias cortesanas en lugar principal junto al rey joven y pregunta cuando le indican algo del rey padre que números de monarcas reina en Serbia. Las

tal desgracia. El insomnio se apoderó de sus ojos, la desgana de su estómago, la desnutrición de sus carnes, y de su sangre las terribles exterminadoras anemias. Al ver su vigilancia burlada, comprados sus eunucos, profanadas sus ceremonias, roto el sacro sigilo de su palacio, robadas las favoritas en plena liturgia religiosa, maldijo la hora en que naciera y lo engendraron sus padres, jurando y prometiendo una cruel venganza. Desde tal día sus rigores aumentan, y a medida que aumentan sus rigores, crece al par del despotismo arriba la indisciplina y la rebelión abajo, en aquella cárcel que se llama el Imperio. Tales son los horrores del despotismo.

Madrid, 17 de abril de 1899.

EL PINTOR ESPAÑOL ELISEO MEIFRÉN

Es un verdadero temperamento de artista, y en su figura, en su conversación, en sus costumbres, el que le mira, el que le habla, el que conoce su vida, encuentra el sello especial que en lo moral y aun en lo físico imprime el arte, si no en todos los llamados, por lo menos en los escogidos.

Más bien bajo que alto y algo grueso, su cuerpo de recia estructura muévase con esa facilidad que suele ser compañera de una imaginación viva; la espesa barba que cubre casi por entero su cara apenas deja en ésta al descubierto otra cosa que unos ojos negros y brillantes de mirada profunda é inteligente, y el desordenado cabello que sobre su frente cae no basta á ocultar por completo la forma correcta de esa parte del cráneo que con razón se considera asiento de las ideas.

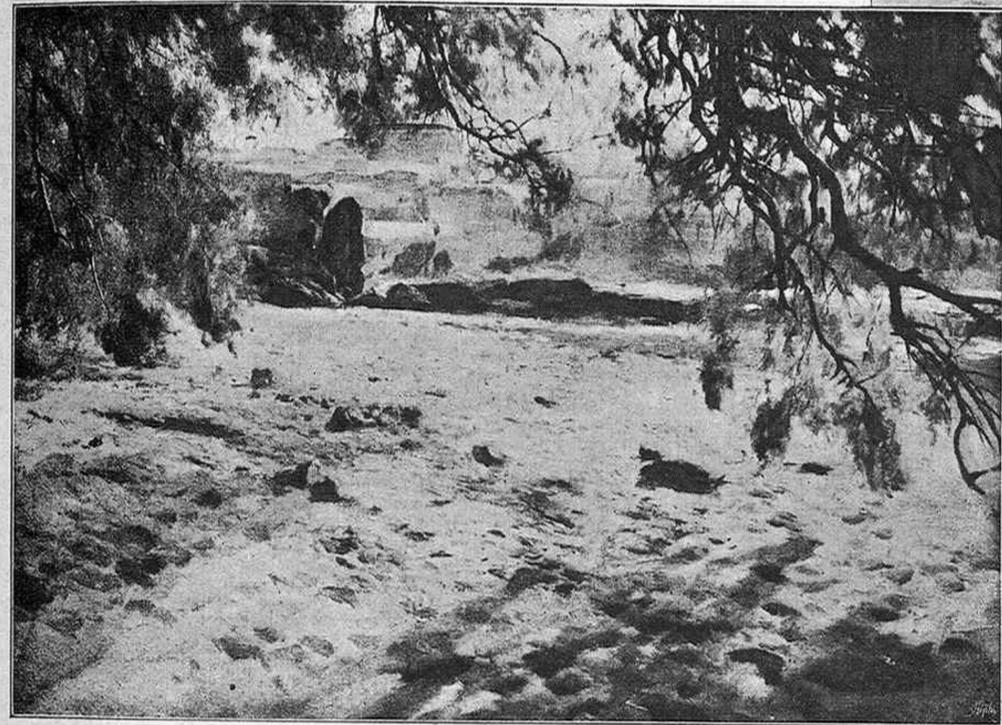
Su conversación, animada, chispeante, acompañada generalmente de francas risas, pero algunas veces también de notas tristes y amargas, cautiva y entretiene y corresponde al carácter abierto, carácter igual siempre, pues Meifrén no se ha ensoberbecido nunca con sus éxitos y sus triunfos, ni se ha dejado abatir jamás por las contrariedades y los desengaños.

En su existencia artística hay páginas que parecen arrancadas del libro en que Mürger inmortalizó la bohemia: dos ó tres veces se ha visto en posición desahogada, y otras tantas, después de un período de vida

éste grandes alabanzas dedicadas á la obra que él tan mala consideraba. Por consejo del sabio Mentor reparó el desperfecto del lienzo y terminó el cuadro que le valió la citada recompensa, consistente en una segunda medalla.



CADAQUÉS, cuadro de Eliseo Meifrén



PLAYA PUERTO CRUZ (OROTAVA), cuadro de Eliseo Meifrén

fastuosa, ha tenido que someterse á las mayores privaciones é imponerse los más duros sacrificios. Para él no tiene el dinero valor alguno: lo gana, pues lo gasta, lo tira ó lo da; se encuentra sin recursos, pues redobla su trabajo para procurarse lo más indispensable. Y en esta lucha, Meifrén no ha dejado nunca de hacer partícipes á los demás de sus victorias y de sus bienandanzas, y en cambio se ha guardado para él solo sus derrotas y sus sinsabores.

Como tantos otros artistas, antes de dedicarse á la pintura comenzó estudiando una carrera por la cual no sentía vocación alguna; mas no puede decirse que perdiera el tiempo en las aulas, pues si su atención no se fijaba en las explicaciones del profesor, ni sus cuadernos se llenaban con notas de lo que el catedrático exponía, no cesaba de ejercitar su espíritu de observación y sus manos no daban paz al lápiz, trazando sin descanso croquis, apuntes y caricaturas que con entusiasmo celebraban sus condiscípulos.

Por fin venció en él, como acontece siempre en tales casos, la afición artística, y en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona cultivó las felices disposiciones que para el arte tenía, perfeccionando luego sus estudios en París. Y tan rápidos fueron sus progresos, que cuando sólo contaba veintidós años pudo concurrir á la Exposición celebrada en Valencia en 1879, presentando en ella un paisaje que fué premiado con medalla de oro. Dos años después concurría á la Exposición Nacional de Madrid, y desde entonces su nombre no ha dejado de figurar en los principales certámenes españoles y extranjeros, en muchos de los cuales obtuvo honrosas recompensas, entre las que mencionaremos varias medallas obtenidas en Madrid, París, Barcelona, Viena, Munich y Berlín.

La recompensa obtenida en París en 1889 es tanto más honrosa cuanto que aquella era la primera vez que su firma figuraba en el Salón. Por cierto que con ella se relaciona un hecho que pinta gráficamente uno de los aspectos del carácter de Meifrén. Hallábase éste establecido por aquel entonces en la capital de Francia, y desde hacía algún tiempo trabajaba con ahinco en el cuadro con que se proponía concurrir al gran certamen artístico; el temeroso respeto que la idea de exponer en el Salón le infundía, parecía cortar los vuelos de su inspiración y entorpecer su mano; cuanto más se esforzaba por perfeccionar su obra, más defectuosa se le antojaba ésta, y un día, desesperado, fuera de sí, creyéndose impotente para salir con bien de la empresa acometida y no consintiéndole su amor propio presentarse al público con algo que no fuera, en su concepto, digno de llamar la atención, rompió el lienzo de un puñetazo y echóse á llorar como un niño. En aquel momento entraba en su taller el notable artista español Martín Rico que no conocía á Meifrén y á quien éste sólo de nombre conocía; miró el cuadro, miró al pintor y no dijo más que estas palabras: «¡Merece usted que le encierren en Charentón!» En Charentón, como es sabido, está situado uno de los más importantes manicomios de Francia. Grande fué la sorpresa de Meifrén al oírse llamar loco por un desconocido, pero su sorpresa trocóse en asombro al saber que este desconocido era el ilustre Rico y al escuchar de labios de

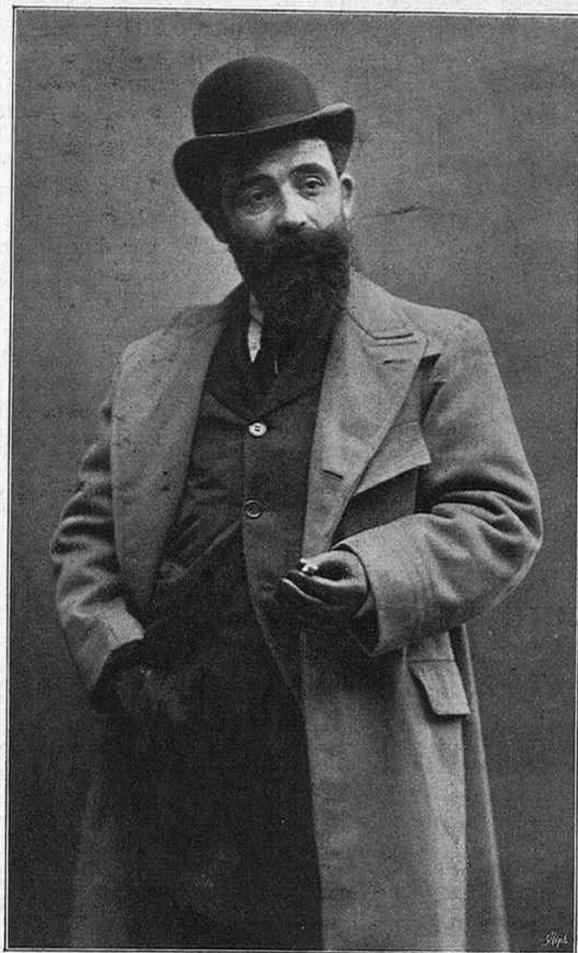
El amor propio es uno de los rasgos característicos de Meifrén: comenzó su carrera dedicándose especialmente á pintar marinas, género en el que ha producido verdaderas maravillas, y cuando algunos envidiosos afirmaron que no sabía pintar otra cosa, pintó paisajes, pintó retratos, pintó cuadros de costumbres, pintó asuntos decorativos, mostrándose en estos otros géneros á la misma gran altura que en su llamada especialidad. Y los que hoy creen que Meifrén no podría acometer el género modernista variarían de opinión si vieran algo de lo que guarda en cartera: si hasta ahora no ha rendido pleito homenaje al modernismo es porque entiende que en el arte las exageraciones son perjudiciales, y sólo en el natural, visto por un temperamento tranquilo y desapasionado, está la verdad.

Sus envidiables facultades le impulsan á producir con extraordinaria facilidad cuadros de una ejecución fresca y espontánea que cautivan al profano y satisfacen á los inteligentes. Como prueba de ello, citaremos el hecho de que esperando en cierta ocasión en el taller de un compañero, pintó en pocos momentos y por vía de entretenimiento un biombo que allí había, dejando en aquellas tablas, no unos ligeros apuntes, sino obras acabadas que sorprendido admiró el amigo cuando al cabo de un rato volvió al estudio.

A veces le perjudica este mismo exceso de sus buenas cualidades, impidiéndole realizar obras de esas que personifican al artista resumiendo la labor de toda su vida; mas á pesar de esto, cuenta entre sus producciones no pocos cuadros que bastan para dar nombre á un pintor.

Aunque cultiva, como hemos visto, los más diversos géneros, al mar y al paisaje debe sus inspiraciones más felices, al primero sobre todo: diríase que como él, es el artista movedido y agitado, reflejando á cada momento los variados matices del cielo que lo colora. El mar es sin duda alguna el elemento que mejor se hermana con su sensibilidad y su modo de ser.

Actualmente se dispone á cruzarlo para buscar en pleno Océano y en los países americanos nuevos motivos de inspiración y ambientes nuevos para su actividad: nuestros hermanos de América confirmarán sin duda la fama que Meifrén en Europa ha conquistado y acogerán con el entusiasmo que se merece al que con razón figura desde hace algunos años entre los más notables artistas españoles. — A.



EL PINTOR ESPAÑOL ELISEO MEIFRÉN

AMERICAN LIBRARY

LOS HERMANOS HEROICOS

I

Mostar, la perla de la Herzegovina, ha sido devastada por la peste de pálido rostro y ojos de serpiente. Sólo una infeliz Mara y sus dos hijos han podido salvarse...

Aquellos dos niños llevan los bonitos nombres de Miloch y Milinko...

Su madre los alimenta con sus lágrimas, con sus infortunios y con el producto de su rueca, en la que falta el lino...

Andando el tiempo y en vista de que los años malos se suceden, de que una *okha* de harina cuesta dos *gross* y una de vino un cequí amarillo, la pobre Mara se presenta primero al sultán y le entrega á Miloch y luego al emperador de Austria y le entrega á Milinko...

II

Han transcurrido nueve años... El sultán de Constantinopla y el emperador de Austria se declaran la guerra y sus respectivos ejércitos se reúnen en la llanura. De entre las filas austriacas adelantase un guerrero que con altanería provoca á los héroes del padichá. Nueve de éstos aceptan el reto y los nueve son vencidos; y su sangre, su hermosa sangre heroica baña el campo. Entonces el sultán, presa del mayor desconsuelo por la desgracia que á los suyos persigue, despacha un fellah que al través de la llanura grita: «¿No hay en mi imperio una madre que haya concebido á un valiente entre los valientes?.. ¿Una hermana que haya educado sobre su seno de virgen á un hermano fuerte entre los más fuertes?.. ¿Un valeroso guerrero que quiera luchar por su sultán?.. Si existe, que se presente y le daré el visirato de Bosnia y la mitad de mis tesoros.»

Al oír el llamamiento del fellah, Miloch acude á la tienda imperial y le dice á su soberano: «¿Es cierto, padre mío, que ofreces tal recompensa?» — «Sí, hijo mío, mata al héroe enemigo y serás visir...»

III

Miloch monta en su hermoso caballo sin mancha, y dirigiéndose al campo desafía al guerrero del emperador...

El rival se acerca, las lanzas se cruzan y caen hechas pedazos...

Los combatientes echan mano de sus pesadas mazas y los trozos de éstas se esparcen por la tierra... Quedan los sables, y los sables se quiebran hasta el puño sin causar en ellos la más pequeña herida.

Entonces los héroes luchan cuerpo á cuerpo, y el choque es tan furioso que las corazas se tuercen y las plumas de los kalpacks vuelan por el aire:

de verano los dos valientes combaten, sin vencerse, hasta que el sol se pone.

IV

Tan fatigados se sienten, que ambos buscan descanso sobre la verde hierba. Miloch toma la palabra el primero.

— Dime quién eres, noble héroe; quién es tu madre, cuál es tu patria, cuál la raza que ha podido producir un hombre tan fuerte en el combate.

El hermoso guerrero responde:

— Valeroso desconocido, de fijo has oído referir que la peste de pálido rostro y ojos de serpiente devastó á Mostar, la perla de la Herzegovina... Sólo una pobre Mara y sus dos hijos pudieron salvarse... La infeliz alimentóles con sus lágrimas, con sus infortunios y con el producto de su rueca...

— ¡Oh, héroe, no prosigas!, exclama Miloch levantándose. ¿Eres, pues, mi hermano, mi Milinko?

Al oír esta pregunta, Milinko estrecha entre sus brazos á Miloch y los dos hermanos se besan en la frente, se sientan sobre la verde hierba, beben vino helado y charlan como si no fueran guerreros de campos enemigos.

V

Los dos ejércitos contemplan desde lejos aquella escena, sin comprenderla. Sus guerreros se han batido, han roto sus armas en la lucha y ahora beben vino como dos buenos amigos.

Miloch dice:

— ¿Y ahora, Milinko, hermano mío, qué hacemos?

— ¡Pardiez, Miloch, hermano mío! Lo que hemos de hacer es presentarnos

tú al sultán y yo al emperador y rogarles que firmen la paz. Dile á tu soberano que los hermanos no pueden contender, ni siquiera en el campo de batalla, y que los ejércitos deben estar unidos como nosotros lo estamos.

VI

Miloch va á ver al sultán y Milinko va á ver al emperador.

Los soberanos les atienden y deciden firmar la paz.

El padichá habla á su antiguo enemigo y le dice:

— ¿Qué merced otorgaremos á esos dos heroicos muchachos?

— ¡Pardiez, Majestad, haz tú lo que quieras con Miloch! En cuanto á mí, nombro general á Milinko.

— No, responde el sultán, no les separemos. Yo les daré tierras; dales tú dinero. Miloch será dueño de Mostar, Milinko de Voscha...



... las lanzas se cruzan y caen hechas pedazos

Y así lo hicieron los dos emperadores, y Miloch y Milinko fueron á reunirse con su anciana madre y de ellos salieron generaciones célebres y veneradas en Bosnia y Herzegovina.

Sus familias figuran entre las más nobles de la historia de aquel país.

De Miloch descienden los *Milovadovic* y de Milinko los *Vladisavejevic*. — CONDESA COLONNA.

FRASES POPULARES

¡ES UN LABERINTO!

Componiase el enorme edificio egipcio á que se refiere esta frase popular de doce palacios suntuosísimos, contiguos los unos á los otros y cercados todos por gruesa muralla. Cada uno tenía duplicadas sus piezas en el subterráneo y primer piso, formando un total de trescientas.

Al ocuparse Herodoto de los laberintos conocidos en su tiempo, hace la descripción que sigue:

«A la entrada del de Egipto sorprenden las pulimentadas columnas de mármol de Pharos que le adornan. En los compartimientos superiores que cual obra más que humana estuve contemplando, admiraba atónito sus pasos y salidas circulando de los salones á las cámaras, de éstos á los retretes, de aquí á hermosas galerías y luego á diferentes locales. Los techos de las habitaciones, así como sus muros cubiertos de primorosos relieves y figuras de capricho, son todos de mármol.

»Fatigado de andar, me encontré en el inextricable cruce de vías que, según pude observar, conducen á otras salas, y el acaso me llevó, descendiendo por amplia escalera de cien peldaños, á grandes pórticos llenos de luz y de silencio, los cuales debían dar acceso á los decantados subterráneos. Intenté franquear una puerta de las varias de hierro que vi, pero los eunucos me cerraron el paso por tratarse del intangible recinto donde se custodian las tumbas de los reyes fundadores.»

El laberinto de Egipto se construyó en la época de los doce reyes, llamada así porque gobernaron juntos. Plinio le concede mayor antigüedad que á las Pirámides y asegura que para nada se empleó la madera.

Hubo otro laberinto abierto en Creta, ideado por el arquitecto ateniense Dédalo, cuya distribución estaba tan ingeniosamente combinada, que una vez franqueada la entrada no era dable encontrar la salida. La Mitología, empero,



OFRENDA DE PRIMAVERA, cuadro de Enrique Vollet

habla del héroe Teseo, quien salvó las dificultades enamorando a la hermosa Ariadna, hija del monarca Alinos, dueño del vasto edificio; la cual doncella le entregó un hilo sujeto al vestíbulo, y conservando asido el cabo logró verse libre.

El tercer laberinto fué el de Lemnos (isla del mar Jónico), y el cuarto el de Etruria (Toscana), mandado fabricar por el rey Porsena, contemporáneo de Rómulo. Los dos últimos han desaparecido completamente y de los primeros no quedan sino miserables restos.

LOPE BARRÓN.

CARTAS DE HOMBRES

INTIMIDAD

(De Juan Plebeyo á Julia de Uceda.)

«Lo que más me apena de toda tu carta es que declares no entender la mía, es decir, no explicarte mi estado de ánimo, mis tristezas, mi desilusión. Sí, ya está dicho, mi desilusión.

»Cuando yo era niño, tenía en mi pueblo muchos camaradas, condiscípulos de escuela. A no pocos me unía ese lazo estrechísimo que produce la edad casi uniforme, la comunidad de ideas, de anhelos, de ilusiones del mundo, el revuelo de fantasías sentido á la vez por todos, comunicado con misterio en interminables confianzas, en que el íntimo bullir del alma de cada uno se aviva al contacto de la fiebre de los demás. Luego marché lejos; estuve ausente algunos años. Unos me escribían de tarde en tarde, otros no. Yo seguía figurándome como antes, los creía ver siguiendo la misma curva que mi espíritu seguía, cambiando unas ilusiones por otras, la niñez por la juventud, pero siempre abierto el espíritu al ideal y el corazón al calor de las intimidades amistosas. Al cabo volví allá, vi á muchos de ellos, fui á buscarlos con emoción honda, como quien evoca recuerdos queridos, deseando renovar aquel afecto hondo, esencial, de otros tiempos, aquella comunidad de espíritu que nos hacía vernos unos á otros como inseparables compañeros de viaje en el mundo, marchando unidos por una misma preocupación á la conquista de las ilusiones. ¡Qué desencanto! Muchos me querían, demostraron quererme de veras, se alegraron de volverme á ver; pero ¡de qué manera tan superficial, con qué falta de calor! Había un abismo entre aquello y lo de antes. Para ellos, la vida, lo principal, era ya otra cosa: los negocios, la política, el mundo... Nuestra amistad, un detalle, un momento episódico, en que se piensa de vez en cuando, en los ratos de ocio, de respiro, que dejan los demás cuidados... No me entendían cuando les hablaba de nuestra vida propia, de lo que era especial nuestro en aquellos días fogosos de la adolescencia. La vida interior se les había escapado, la habían dejado apagar, ó llevaba sobre sí tanta ceniza de pequeñeces exteriores, que no calentaba ni aun removiendo la cubierta. Pronto me convencí del cambio. Ellos eran otros: hablábamos idiomas distintos. ¡Y sin embargo, muchos de ellos se hubieran atropellado por hacerme un favor, de esos que hacen todos los hombres buenos!

»La misma desilusión, vida mía, tengo contigo, y ¡con cuánta pena la confieso, me la revelo á mí mismo! Me parece imposible que no veas esta diferencia que yo hallo de mi Julia de hace unos meses á mi



Estudio, dibujo de José Benlliure

Julia de hoy, y que pienses en disminuciones de mi cariño, en cansancios de mi culto á ti. Por el contrario, te adoro como el primer día, digo mal, mucho más, porque el amor verdadero y firme se acendra con el tiempo, con el roce, con la penetración de las almas..., y también con las penas.

»Entonces, oigo que me preguntas, ¿qué te pasa?, ¿cuál es el motivo de tu desasosiego?, ¿qué fundamento tienen las cavilaciones que te atormentan? ¿Cómo dices que soy ahora menos tuya, cuando me ves cada día más tierna, más apasionada de ti? ¿No te dicen nada mis cartas?

»Sí, sí; me dicen, de prisa, de prisa (en los pocos momentos que tu vida agitada te permite dedicarme), que no me olvidas, que me quieres, que tu afecto personal sigue viviendo, á pesar de todo. Pero ya no es para tí, no puede serlo, lo más grande, lo más presente á tu atención, á tu pensamiento. Acuérdate cómo eras cuando te conocí y cómo te hice yo, yo, por la fuerza de mi cariño. Todo tu tiempo, todos tus cuidados, eran para el mundo; vivías para los demás, en la calle, en las reuniones, en los teatros, atropellando las horas, disipando tu tiempo, saliendo siempre afanosa de casa para ir á cien partes donde los tuyos, tu mundo, se divertía consumiendo la vida en pequeñeces, en futilidades; y volvías ya tarde, rodeada de tu familia tan fatigada como tú, para dormir un sueño profundo, letárgico, y comenzar de

nuevo al otro día la fiebre de vuestra existencia. Ni un momento de descanso, de recogimiento para pensar en ti propia, para vivir con tu espíritu — que es lo más alto y hermoso que tienes, — para sentir la delicia inmensa de la intimidad, de la *hermandad de alma* con alguien, de ese perfume delicadísimo de la conciencia que sólo se exhala en el retiro, en el alejamiento de lo externo, y que se disipa al contacto del mundo de los *ajenos* (que son los más), y que es indispensable como contrapeso de lo que las pequeñeces de la vida de afuera nos comen de tiempo y de atención, así como para *encontrar*, de vez en cuando, lo más hondo, lo más elevado de nosotros mismos.

»Comprendí en seguida que el afán con que te entregabas á tan inútil derroche de vida era un engaño para ti propia. Tu espíritu inquieto, deseoso de algún motivo grande que lo alimentara, no habiéndolo encontrado en la sociedad aristocrática en que naciste, te arrastraba, de desengaño en desengaño, pero también de ilusión en ilusión, á través de aquel torbellino malsano de cosas que no te satisfacían, y que te iban consumiendo, secándote el corazón, desequilibrándolo, haciéndote creer á ti propia que eras menos buena de lo que en verdad lo eres.

»Me bastó llamarte á tu propia intimidad, poner delante de tus ojos el verdadero retrato de tu espíritu, para que rápidamente comprendieras el enorme engaño en que vivías. Revelóse á ti misma la verdadera esencia de tu carácter, y viste con horror el vacío de tu existencia llamada á más nobles ocupaciones. La dulzura exquisita y calmante del sentimiento del orden, de la regularidad, que no pueden comprender muchos de los hombres de hoy — de los que están, como ahora se dice, «desequilibrados» y padecen el apetito de lo raro, de lo anormal, de lo prohibido, — brotó en lo profundo de tu conciencia como raudal riquísimo de frescas

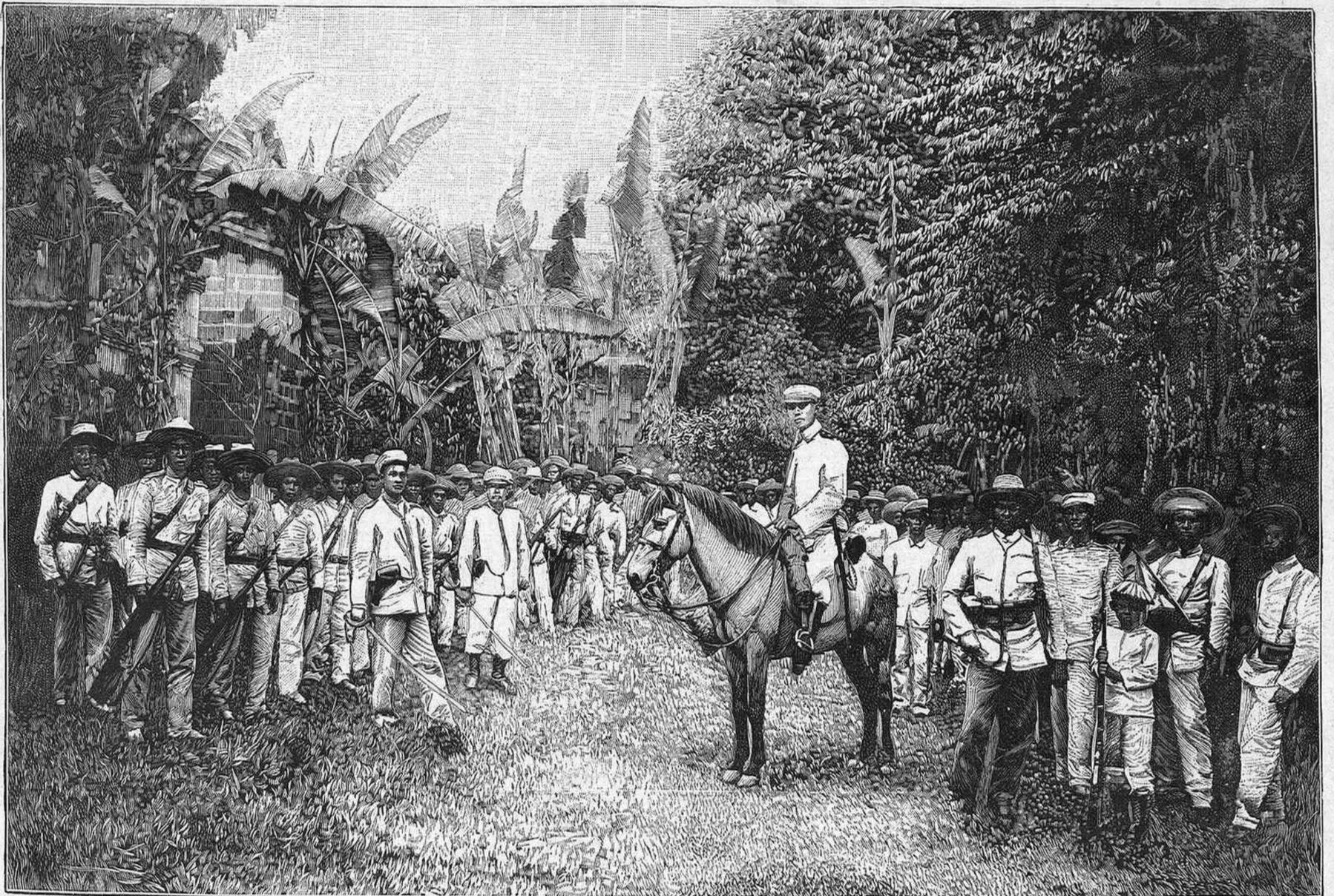
aguas. Empezaste á vivir para ti misma; y en ese retorno á tu intimidad, te hallaste conmigo, que así te amaba, que así te traía á mí, verdadera, sólidamente. Y tú me devolviste con creces aquella delicia de poseer un rincón de vida propio, que yo te había enseñado; un rincón secreto, cerrado á los demás, á los importunos, á los curiosos, con muros más altos y más continuos que los de las casas árabes, donde se puede amar de veras, con sinceridades que se asustan de las miradas del mundo, pero que son la flor más delicada del amor. Entonces creí que tú serías mi compañera en la vida, la diosa de mi hogar futuro, el centro de lo más personal que en este mundo podemos obtener, á condición de no abrirlo á los cuatro vientos, para que curioseasen en él los indiscretos.

»Y ahora, ya no eres esa; ya te siento otra vez cogida por el engranaje del mundo, sin mirar para adentro de ti misma, viviendo para los otros, para los mismos que, en substancia, nada te importan. ¿Qué más da que me quieras, si me quieres con prisas, pensando en otras cosas, dándome la superficialidad de tu espíritu, porque no tienes sosiego para dejar que surja en ti la voz de la intimidad real del afecto, si no puedes, al cabo, sentir hondamente, con profunda remoción de todo tu ser? Para llegar á una comunión perfecta de alma, se necesita tiempo, reposo, olvido completo de lo extraño. Hay que lim-



EL COMITÉ FILIPINO EN HONG-KONG

F. LICHAUCO. - V. FERNÁNDEZ. - DR. M. SANTOS. - G. APACIBLE. - R. SIAP. - M. LICHAUCO. - G. AGONCILLO



GUERRA DE FILIPINAS. - OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJÉRCITO TAGALO



FIESTA DE BACO EN TIEMPO DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CRISTIANOS DURANTE EL REINADO DE NERÓN, CUADRO DE F. C. MEDOVIC

piar la inteligencia y el corazón de todo otro cuidado, para dejar sitio al que importa, y esperar á que se apodere de nosotros y nos domine. El verdadero amor — que está en eso — es como la inspiración de los poetas, el verbo nuevo de los grandes hombres: nunca brotó ninguna idea original en los turbados por otros afanes; para hallar la intensidad de la emoción, ha de recogerse el espíritu, contemplarse á sí propio, sin intermediarios ajenos. Las grandes ideas, los sentimientos dominadores, gozan, como los cuerpos materiales, de la condición de la impenetrabilidad. Si encuentran el sitio ocupado, retroceden; y su momentánea aparición, relámpago lejano de fuego que no abrasa, sólo da la ilusión de que están allí presentes.

»No puede satisfacerme que me quieras así. Tu alma distraída nada me dice. Quiero tu intimidad, quiero ser en tu vida interna algo esencial, lo que era antes. No me conformo á ser una cosa más en el torbellino de las muchas externas que llenan tu tiempo, sin penetrar en tu espíritu, verdad es, rozándolo apenas, pero impidiéndole que se entregue abiertamente á dar fruto propio, á espaciar la riqueza de su emoción íntima.

»Querer de otro modo, es puro engaño. Cuando no ocupa el lugar escogido en nuestra alma, el amor es una sensación más; y de esas está lleno el mundo. Lo verdaderamente humano es más alto, y quien no pueda llegar á ello no sabrá nunca lo que es amor. ¿Por qué te empeñas en ser menos de lo que puedes ser en la vida? ¿Por qué rehuyes uno de los más grandes y más nobles placeres que pueden estremecer el alma humana?

»Vuelve en ti, amada mía; deja á los otros que se disipen en exterioridades sin finalidad. Entra en ti propia, y en el sagrado de tus más puras y vivas intimidades hallarás de nuevo la vida real, la única que merece vivirse.»

RAFAEL ALTAMIRA

NUESTROS GRABADOS

La sillita de la reina, cuadro de Fred Morgan. — Simpático por su asunto, simpático por su factura, todo en este cuadro cautiva la atención del que lo contempla. La alegría que respiran las tres niñas entregadas á sus juegos, la calma del mar que en el fondo se extiende, la diaphanidad del cielo parecen comunicarse al ánimo del espectador, que en presencia de este espectáculo de una naturaleza risueña experimenta inefable sensación de bienestar. Cuando un pintor consigue este resultado, bien puede decirse que ha cumplido los fines del arte, y el cuadro que tal sentimiento produce, pertenezca al género que pertenezca, es digno de figurar entre las más felices creaciones del humano ingenio.

Recuerdos de la revolución cubana. — A título de curiosidad reproducimos la moneda de un peso y los sellos de la titulada República cubana. De fijo que cuando se acuñó aquella y se grabaron éstos, creían los que luchaban por sus-



RECUERDOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA. — Anverso y reverso de la moneda de un peso acuñada en Nueva York

traerse á la soberanía de España que una vez terminada la lucha, si con ella terminaba la dominación española, podrían circular legítimamente los tales sellos y moneda. Desgraciada-



RECUERDOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA. — Sellos de correos de 2, 5, 10 y 25 centavos.

mente para los que así pensaban, la realidad ha venido á demostrarles que por ahora, y quién sabe si para siempre, su soñada independencia es una ilusión, si no irrealizable, por lo menos no realizada, y su pretendida República de Cuba corre peligro de figurar por mucho tiempo en el Almanaque de Gotha como colonia de los Estados Unidos, al igual de Puerto Rico. Por de pronto, la moneda en Cuba circulante es el dollar y las cartas que de aquella isla nos llegan siguen llevando los sellos norteamericanos con la sobrecarga *Cuba* y el valor equivalente de la antigua moneda española.

El almirante Makaroff y el buque rompehielos «Yermak». — En estos momentos está siendo objeto de



EL ALMIRANTE RUSO MAKAROFF, inventor del buque rompehielos *Yermak*

la admiración pública en Rusia el invento del almirante Makaroff, el buque rompehielos *Yermak*. No se trata de un buque provisto de sierras y espulones gigantescos que cortan la masa helada, sino de una embarcación pesada y maciza que en vez de cortar aplasta el hielo. Su casco es convexo y ovoide, y está de tal suerte construido, que si queda sujeto entre los hielos, se levanta sobre la superficie helada y con su propio peso la rompe: en esto está precisamente el quid del problema, puesto que el hielo atacado por encima ofrece mucha menos resistencia que si se le ataca horizontalmente. Sólo su proa forma un pico puntiagudo que avanza osadamente para desplomarse sobre los bancos de hielo. El *Yermak* es movido por tres potentes hélices situadas en la popa; otra hélice colosal, colocada en la proa bastante atrás del pico antes mencionado y muy por debajo de la línea de flotación, destroza y dispersa por debajo del barco y de la capa helada los bloques que la proa ha roto con su enorme peso. Tiene el buque un cinturón acorazado de una pulgada y cuarto en la línea de flotación y está dividido en 48 compartimientos estancos. Sus máquinas son de triple expansión y desarrollan una fuerza de 10.000 caballos. Considérase al *Yermak* bastante fuerte y de condiciones marineras bastantes para realizar una campaña periódica de primavera yendo por el cabo Norte á desobstruir los grandes ríos siberianos y á apresurar la apertura de la navegación del Obi y del Jenisei, esas arterias marítimas que hasta ahora sólo eran abordables durante dos ó tres meses al año. Las pruebas recientemente verificadas han obtenido el éxito más completo y la llegada del *Yermak* á la rada de Cronstadt, completamente helada, fué acogida con entusiastas aclamaciones: en cuanto al modo como se efectuó aquel viaje, las siguientes palabras del capitán del buque dan idea de la facilidad con que se llevó á cabo: «Hemos navegado como sobre manteca á razón de ocho millas por hora en una travesía de 150 kilómetros que separan el mar libre de Cronstadt, ¡y esto que en algunos puntos tenía el hielo un espesor de ocho pies!» El almirante Makaroff con su invento ha resuelto un problema importantísimo que producirá una revolución en el arte de navegar por los mares del Norte y que tal vez pueda hacer adelantar un gran paso en la tan suspirada conquista del Polo.

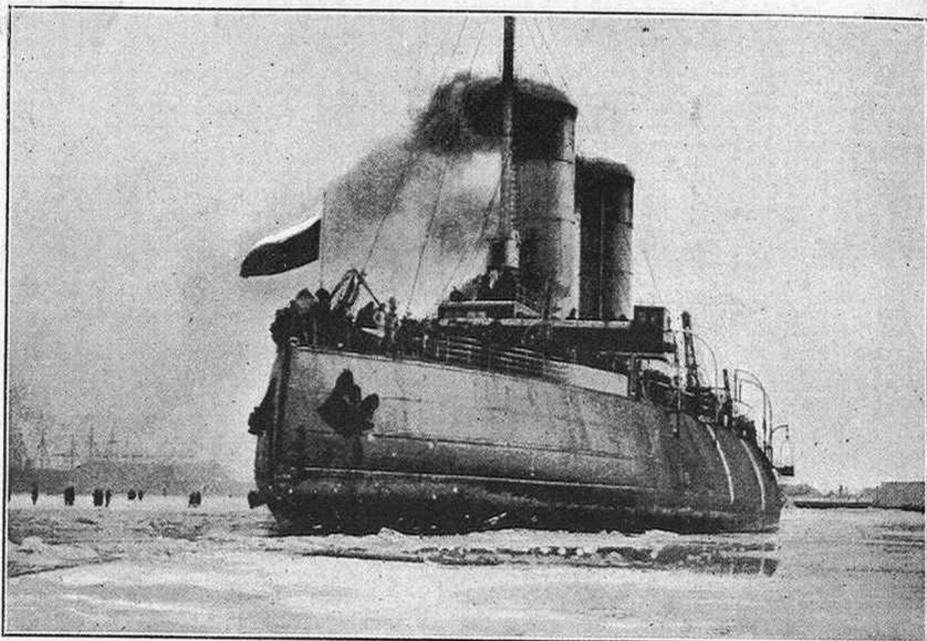
Ofrenda de primavera, cuadro de Enrique Vollet. — Llegó la estación de las flores y con ella la época en que las almas virginales se acercan por vez primera á la mesa del Señor. De blanco vestidas, envueltas en transparentes velos, las niñas de la aldea preséntanse á recibir el Pan Eucarístico y llevadas de sus sentimientos angelicales acuden luego á ofrecer los floridos ramos con que se adornaron al pobre anciano que en humilde albergue vive amparado por la caridad de sus convecinos y que recibe aquellas simbólicas ofrendas, expresión de un afecto purísimo, con placer y gratitud si cabe mayores que si de ellas recibiera ricos presentes. El cuadro del pintor francés Vollet respira la más dulce poesía, pero tiene al mismo tiempo cierto realismo que la inspiración del autor ha sabido armonizar perfectamente con aquella y que hace de su lienzo una obra simpática á todos los gustos.

Estudio, dibujo de José Benlliure. — Tantas veces hemos alabado en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA á nuestro afamado compatriota, que ocioso nos parece

repetir una vez más nuestros elogios, por otra parte innecesarios tratándose de un artista cuya celebridad ha sido consagrada hace tanto tiempo por la crítica de propios y extraños. El tipo de *trabucaire* valenciano que hoy reproducimos acreditada, como todo lo que el lápiz ó el pincel de Benlliure producen, una inteligencia privilegiada y una mano habilísima que se manifiestan por la verdad de la expresión, por la naturalidad de la actitud y por la firmeza de los trazos que se admiran en la hermosa figura.

Guerra de Filipinas. — No nos hemos equivocado al pronosticar en distintas ocasiones que la cuestión de Filipinas sería un hueso muy difícil de roer para los Estados Unidos. Las noticias que del archipiélago se reciben demuestran que los asuntos yanquis van de mal en peor, y el mismo general Otis, el optimista por excelencia, deja ya traslucir en los telegramas dirigidos á su gobierno que sus planes tropiezan de cuando en cuando con obstáculos con los cuales no había contado. La toma de algunas poblaciones no ha tenido la importancia que se le quiso dar; y según parece, el ejército yanqui ha tenido que evacuar últimamente los sitios conquistados para reconcentrarse en la capital ante el temor de una sublevación general de los indígenas en Manila y sus alrededores. Esto, el fracaso de un destacamento de la brigada Lawton que fué copado por los filipinos, las quejas de los voluntarios que piden su regreso á su patria, el aplazamiento de las operaciones para cuando haya pasado la época de las lluvias, todo indica la situación comprometida de los norteamericanos en Filipinas y justifica la alarma creciente que en los Estados Unidos se observa.

Los tagalos han demostrado valer mucho más de lo que algunos se figuraban, y su actitud enfrente de sus invasores y su tenacidad en la lucha merecen el respeto aun de aquellos que, como nosotros, hemos combatido contra ellos, pues demues-



EL BUQUE «YERMAK» NAVEGANDO AL TRAVÉS DE LOS HIELOS AGLOMERADOS (de fotografía)

tran que si contra España lucharon no fué por odio á los españoles, sino por amor á la independencia, y este sentimiento puede dignificar á un pueblo aun á los ojos de sus propios enemigos.

Por otra parte, los filipinos están hoy perfectamente organizados, y así los jefes civiles que desde Hong-Kong dirigen el movimiento, como los militares que al frente de numerosas huestes sostienen la campaña, reúnen condiciones bastantes y cuentan con medios suficientes para prolongar la guerra y para obtener, lo mismo en el terreno diplomático que en el campo de batalla, el triunfo definitivo de su causa.

Los dos grabados que en la página 271 publicamos sintetizan los dos elementos principales de la lucha: el comité de Hong-Kong representa la inteligencia que organiza; las fuerzas armadas que en Filipinas derraman su sangre son el brazo que ejecuta. Y fuerza es confesar que, por ahora, este brazo y esta inteligencia logran tener en jaque á una potencia que acometió la empresa creyéndola de escasa importancia y de muy fácil realización.

Fiesta de Baco en tiempo de las persecuciones de los cristianos durante el reinado de Nerón, cuadro de F. C. Medovic. — Representa este cuadro uno de los abominables episodios que tanto abundaron durante el reinado de Nerón. Después del incendio de Roma, que seguramente dispuso el emperador, sea para gozar de un espectáculo terriblemente sublime, sea para abrir espacio en donde levantar los magníficos edificios que se proponía construir, Nerón acusó de aquella catástrofe á los cristianos y mandó llevar á cabo una de las más sangrientas persecuciones que registran los anales del cristianismo. El pintor muniquense F. C. Medovic, en su grandioso lienzo que tanta admiración produjo cuando se exhibió, representa una de estas horribles escenas durante las licenciosas bacanales que en Roma se celebraban desde el siglo segundo antes de J. C. Los cristianos son sacrificados en masa ante la estatua de Baco y en presencia de multitud de espectadores que asisten á tan repugnante espectáculo como asistirían á una fiesta del circo. El cuadro que nos ocupa es una exposición gráfica de la corrupción de costumbres de aquella época del romano imperio, hecha con verdadero vigor dramático y con dominio completo de todos los recursos del arte: en él se admiran el orden y la armonía de la composición, la ejecución magistral de la parte arquitectónica, la corrección con que están individualmente trazadas y agrupadas las numerosas figuras y sobre todo la vida y la expresión que en cada una de éstas ha sabido imprimir el artista. Se comprende, pues, que la obra de Merovic causara verdadera sensación y que la crítica la reputara como una de las mejores creaciones del arte moderno en Alemania.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

— ¡Poco á poco!, interrumpió Marenval algo desconcertado al ver aquel furioso ataque y creyendo haber dicho demasiado. Usted era injusta al acusarme de no tener fe en la inocencia de Jacobo. Bien sabe usted que le he defendido con la energía de un hombre á quien el mundo englobaba malignamente en la catástrofe ocurrida. Sí, en aquellos momentos vi en toda su desnudez la canallada de los hombres. Todo lo que la envidia, la bajeza y la maldad pueden inventar para manchar una personalidad honrada, se intentó entonces contra mí. He padecido con esta desdicha tanto como ustedes mismos, pues durante más de un año todo el mundo en París me ha llamado solamente «el primo de Freneuse.» Hasta sé de algunas almas caritativas á quienes no faltaba nada para insinuar que yo también merecía ir á presidio. Y todo, ¿por qué? Porque soy rico, porque me divierto, porque tengo un hermoso hotel, un buen monte, magníficos caballos y un prosenio en la Opera... La verdad es que todo esto es más que suficiente para echar á un hombre á galeras... ¡Tengo amigos que querrían verme en ellas! ¿Puede usted pensar lo que estas buenas personas habrán dicho de mí en el momento de la desgracia? En aquella hora peligrosa no le he parecido á usted heroico, querida prima; confieso que en parte ha tenido usted razón. Hubiera podido mostrarme más caballeresco y colocarme más resueltamente al lado de usted, pero hay que tomar las personas como son. Yo soy un poco nuevo en el mundo en que vivo; no hace aún diez años que salí de las pastas alimenticias, y ¡qué diablo!, no se me tiene en la misma consideración que á un Montmorency. Los hombres son iguales ante la ley, pero no ante el mundo, y así me lo han hecho ver. Esto explicará á usted muchas cosas que le parecerían oscuras. No temo ahora confesarlo, porque tengo la conciencia de ser tan adicto á ustedes, que habrán de perdonarme fácilmente un día mis debilidades aparentes.

La señora de Freneuse escuchó con aire sombrío las explicaciones de Marenval. Temía que aquella afirmación de la inocencia de Jacobo, que tanto le había conmovido, no tuviese otro objeto que servir á los tardíos escrúpulos de su pariente, pero las últimas palabras pronunciadas por éste parecían inspirarse en esa convicción y la pobre mujer se sintió de nuevo presa de la mayor ansiedad.

— ¿Ha venido usted solamente para hacerme esa profesión de fe, que agradezco?, dijo la pobre madre. Doy á usted las gracias por su afectuosa actitud. Las simpatías son preciosas, por lo mismo que son raras. Agradeceré á usted con toda mi alma, Marenval, que no nos abandone.

— ¡Abandonar á ustedes!, exclamó el ex comerciante. ¿Me creen ustedes capaz de ello? Yo les probaré que soy fiel y valiente y que...

Un gesto de la señorita de Freneuse le detuvo en aquel movimiento de expansión. Más tranquila que su madre, la joven, desde el principio de la entrevista, había estudiado la actitud de su pariente y había visto todo lo que tenía de embarazosa y violenta. Entre las seguridades del Marenval presente y las reticencias del Marenval pasado había tal desacuerdo que eran necesarias muchas palabras para ponerlas en armonía. Un orador mucho más elocuente que Marenval hubiera fracasado en tal empresa. Pero, por fortuna, la madre y la hija no habían retenido de cuanto había dicho sino el calor de su discurso y se habían sentido penetradas de una alegría secreta al recobrar un rayo de esperanza. La señorita de Freneuse resumió en dos palabras la situación.

— Mi querido primo, usted no creía antes en la inocencia de mi hermano y ahora, por una razón que no conozco, cree en ella.

Marenval dirigió á las dos mujeres una mirada de entusiasmo y dijo con una expresión que les arrancó las lágrimas:

— ¡Es verdad! Ahora creo que Jacobo es inocente. Pero no basta creerlo; hay que probarlo. Está muy bien que nosotros, en familia, nos consolemos con buenas palabras; pero no olvidemos que el fin único de nuestros esfuerzos debe ser una rehabilitación rigurosa. ¿Han pensado ustedes en intentarla?

La señora de Freneuse bajó la cabeza con desanimación.

— ¿Cómo podemos pensar en ello? La más horrible

desgracia del mundo es sentirse impotente, no ya para demostrar la realidad de un hecho en el que una cree como en Dios, sino para discutir siquiera su posibilidad. Estamos hace dos años anonadados bajo el peso abrumador de la condena. Y me atrevo á confesar á usted, Marenval, que para no dudar de la inocencia de mi hijo he tenido que apartar la vista de las acusaciones dirigidas contra él, pues examinadas una por una, son de tal manera graves, terribles, probadas, que hubiera tenido que negar la evidencia, y eso era para mí un terrible suplicio. He tenido, pues, que refugiarme en una especie de negación fanática, que excluye todo razonamiento, toda claridad y que es tan sólo el grito de mi corazón de madre. No creo en el crimen de Jacobo porque Jacobo es mi hijo, y un hijo mío no ha podido cometerle. A todos los argumentos, á todas las pruebas he respondido siempre, desde el fondo de mi conciencia: «¡Es mi hijo! ¡Es inocente!» Pero, amigo mío, si tuviera que demostrar su inocencia, ¿qué hacer? ¿Dónde encontrar la fuerza de inteligencia suficiente para anular las pruebas acumuladas? ¿Cómo convencer á los jueces? El mismo abogado de Jacobo, ese admirable señor Duranty que defendió á mi pobre hijo con tan apasionada elocuencia, me decía, después de la vista: «¡Yo no sé! Cuando le oigo gritar que no es culpable, creo. Cuando estudio la causa, dudo.»

— ¡Oh, sí, querida prima! Las pruebas acumuladas contra él eran decisivas. Yo mismo fui cegado por ellas, puedo confesarlo puesto que estamos hablando con toda franqueza. He creído durante mucho tiempo que el pobre Jacobo, enloquecido, arrebatado por la necesidad de dinero, pudo, en un momento de irresponsabilidad... Sí, he admitido que pudo ser criminal. Pero desde ayer he cambiado por completo, y soy tan ardiente partidario de la inocencia de ese muchacho como antes estaba dispuesto á creer en su culpa.

— ¿Y por qué desde ayer?, preguntó la señorita de Freneuse. ¿Por qué esa modificación de su espíritu? ¿Quién la ha causado? ¿Ha sabido usted algún hecho que ilumine la situación con una luz nueva? Mi madre nos ha declarado sus desfallecimientos, pero yo no he participado de ellos, sépalo usted. Cuando todo el mundo abandonaba á mi desgraciado hermano, yo, en toda conciencia, he permanecido fiel á su causa. He buscado y busco aún el medio de explicar este misterio impenetrable. Puede usted, pues, hablar; me encontrará preparada á escucharle y á comprenderle.

Marenval miró á la joven con enternecimiento.

— Sí, ya sé, María, que usted no ha transigido y ha desterrado de su corazón á todos los que no hicieron causa común con usted en aquellas terribles circunstancias. Anoche hablé con un hombre que amaba á usted tiernamente y al que usted alejó sin piedad...

La fisonomía de la señorita de Freneuse se puso sombría. La joven se irguió mostrando su alta estatura. Sus labios se estremecieron, pero no pronunciaron ni una palabra. Todo, en su actitud, demostraba un doloroso desdén.

— Se trata de Cristián Tragomer, añadió Marenval.

Pero se calló, al ver que aquel nombre producía un efecto tan inesperado.

— Me figuraba que quería usted referirse al señor de Tragomer, dijo fríamente María. Pues bien, querido primo; si quiere usted complacerme, no me hable jamás de él. Mi madre y yo le hemos borrado de nuestro recuerdo como él nos borró de su corazón. En la hora en que teníamos necesidad de todos nuestros amigos, él dió el ejemplo de la desertión, y su abandono, lo confieso, fué el que más me afectó en aquellos tristes momentos. Era mi prometido; se avergonzó de mí; ya no le conozco.

— Tragomer ama á usted todavía.

— Me alegro, dijo María con firmeza. Eso le hará sufrir...

Se pasó la mano por la frente, se volvió hacia su madre, que escuchaba en silencio, y dijo arrodillándose en un taburete cerca de ella:

— Perdón, mamá. He distraído al Sr. Marenval de una conversación cuyo fin espera usted con impaciencia, para hablar de cosas miserables. No volverá á suceder.

— Querida niña, dijo Marenval con bondad, ten-

dremos ocasión de vernos con frecuencia, pues vamos á emprender una campaña que puede ser larga. No violentemos nada, ni en lo que se refiere á las cosas ni en lo relativo á las personas. Día vendrá en que se aclaren muchos puntos y se expliquen muchas actitudes. En este momento no quiere usted que le hable de Tragomer; más adelante, quién sabe si me pedirá que se le traiga. Cuando usted sepa lo que ha hecho y lo que está dispuesto á hacer en su servicio, acaso sea más indulgente. En todo caso, debe usted saber que él es la causa de que esté yo aquí. Yo no pensaba intentar nada en beneficio del desgraciado Jacobo, lo confieso humildemente; pero ese diablo de Cristián me ha sublevado con unas noticias tan inesperadas, que no he podido permanecer indiferente...

— Pero en nombre del cielo, ¿qué ha descubierto?, dijo la señora de Freneuse con tal expresión de angustia que su hija la abrazó para calmarla.

Marenval movió la cabeza con aire de importancia.

— Mi querida prima, no me pregunte usted nada, porque no podría hablar. El éxito, que es posible, se obtendrá solamente al precio de una discreción absoluta. Una palabra imprudente lo comprometería todo. Esperemos. Nunca ha habido probabilidades más favorables, pero tiene usted que consentir en marchar á ciegas por la ruta que vamos á emprender.

— ¡Oh! ¡Dios mío! Si la salvación tiene ese precio, consiento en todas las pruebas que quiera usted imponerme. Desde hace dos años vivo en una tumba; gracias á usted, penetra en ella un débil rayo de luz. ¡Bendito sea usted por el bien que me hace!

— Si bien no debo hablar de nuestras nuevas esperanzas, querida prima, hay, sin embargo, cosas sobre las cuales necesito datos. En interés de todos, pido á usted, pues, que me responda sin reticencias.

— Pregunte usted. Mi memoria se ha debilitado, pero lo que yo no recuerde podrá precisararlo mi hija.

— Entre los amigos de Jacobo, había uno más íntimo, más querido que los demás y que se había criado con él, el conde Juan de Sorege.

La señora de Freneuse respondió vivamente:

— Sí, Juan de Sorege... Era un excelente muchacho, de muy buena familia. Quise mucho á su madre, que murió siendo Juan muy joven... Éste creció con Jacobo, y los dos muchachos no se separaban durante su juventud. Fué menester que contrajeran relaciones nuevas, las que tanto daño han hecho á mi hijo, para separarlos.

— ¿No figuraba el conde de Sorege entre sus malas compañías?

— Al contrario, hizo todo lo posible por separarle de ellas, y precisamente por no alternar con ciertas personas, se apartó de mi hijo, con gran disgusto mío, pues su influencia no podía menos de serle favorable.

— De modo que considera usted á Sorege como un buen amigo de Jacobo...

— Como el mejor que pudiera tener.

— ¿Era rico ese joven?

— No; y precisamente por eso se alejó de mi hijo, pues no quiso contraer deudas para asociarse á sus gastos. ¡Ese fué el principio del desastre!

— Perdóneme usted si insisto, pero es de toda necesidad. Cuando Jacobo conoció á esa desgraciada mujer que le condujo á la locura..., á esa Lea Peralli, ¿estaba todavía Sorege en buena amistad con él?

— Seguramente. Hasta hubo escenas entre Sorege y Jacobo á propósito de esa mujer. El conde hizo todo lo del mundo por decidirle á romper con ella. Llegó á escribirle que su amada le engañaba y á ofrecerle el medio de sorprenderla.

— ¿Y esa carta existe?

— La entregué á la justicia y debe figurar en la causa. La encontró nuestro criado en el cuarto de Jacobo... A consecuencia de esto, se produjo un violento altercado entre mi hijo y su amigo. Estuvieron á punto de batirse... Pero amigos comunes arreglaron el asunto.

— ¿No ha manifestado nunca Jacobo sentimientos de rencor ó de hostilidad hacia su antiguo amigo, después del acontecimiento?

— No, que yo sepa. Pero si yo no he tenido nunca más que confianza y simpatías hacia el Sr. de Sorege, debo reconocer que no todo el mundo pensaba como yo en mi casa.

— ¿Quién le era desfavorable?

— Mi hija, primeramente, á quien siempre desagradó Sorege, y después nuestro criado Giraud, que nunca le pudo tragar.

— ¡Ah! ¿María encontraba sospechoso al amigo de su hermano?

— No me hagan ustedes decir lo que no pienso, replicó vivamente la señorita de Freneuse. De ningún modo querría dañar en vuestro concepto al conde de Sorege. Tiene un carácter que no me agrada; no hay más.

— ¿Y qué carácter es el que usted le atribuye?

— Se mostraba altanero y burlón, y á mí me cuesta trabajo soportar ese modo de ser. Calculaba fríamente y no obraba jamás á la ligera. Era un hombre práctico ante todo. Lo contrario del pobre Jacobo, que no reflexionaba jamás y se metía en las dificultades sin saber cómo saldría de ellas. Yo reprendía el aturdimiento del uno, pero lamentaba la previsión del otro. Encontraba exceso en los dos, y si mi hermano me parecía loco, Sorege me resultaba demasiado hábil.

— ¿Hábil hasta la astucia?

— No lo sé, querido primo; lo que he dicho no es más que una impresión. Nunca he sabido cómo se conducía el Sr. de Sorege en la vida sino por lo que contaba mi hermano, y éste no podía hablar con libertad delante de mí. Mi impresión, pues, no se ha confirmado por hecho alguno, pero se ha fijado muy clara en mi mente y ha permanecido en ella.

Marenval miró á la señora de Freneuse y dijo:

— Ese juicio no se puede considerar como desfavorable en los tiempos que corren. Un individuo demasiado hábil tiene condiciones excepcionales, hoy en día, para lograrlo todo. Pero María juzga al señor de Sorege desde un punto de vista especial, como hombre de mundo y no como hombre de negocios. Eso es lo que hace su censura perfectamente comprensible. En resumen, para la señora de Freneuse, Sorege es un hombre honrado al que ha sentido ver alejarse de su hijo; para María, Sorege es un mozo frío y calculador, decidido á hacerse sacar las castañas del fuego y que no vacila en herir un poco al vecino al hacer su negocio.

— ¿Pero por qué esas preguntas?, dijo la señora de Freneuse.

— Se nos ha dicho que seríamos interrogadas, mamá, dijo la joven sonriendo, pero no que se nos explicaría nada. Tengamos paciencia.

La anciana hizo un gesto de resignación.

— Ya estamos acostumbradas...

Marenval se levantó.

— Querida prima, dijo en el tono más afectuoso, dejo á usted, pero volveré á verla muy pronto. Nuestras conferencias serán frecuentes, lo que espero que no les será desagradable. Estoy impaciente por aclarar á ustedes la situación, pero antes es preciso que me la aclare á mí mismo. Al bajar, si ustedes lo permiten, voy á hablar con el buen Giraud.

Marenval estrechó la mano de la anciana y María acompañó á su aliado por varias piezas desamuebladas y tristes hasta llegar al vestíbulo. Una vez allí, dijo á Marenval dirigiéndole una límpida mirada:

— Suceda lo que quiera, gracias por el consuelo que nos ha traído usted. No olvidaré nunca que ha sido usted el primero que ha participado de nuestra convicción en cuanto á la inocencia de mi pobre hermano.

Marenval movió la cabeza.

— No es usted justa, mi hermosa prima, porque el primero que ha participado de esa convicción no se llama Marenval, sino Tragomer.

María frunció las cejas, hizo un nuevo ademán afectuoso, y sin añadir ni una palabra, volvió á entrar en las habitaciones.

Giraud presentó á Marenval su gabán de pieles.

— Un instante, amigo mío, dijo el antiguo fabricante de pastas; tengo que decir á usted dos palabras antes de marcharme. ¿Dónde hablaremos sin que se nos moleste?

— Si el señor quiere pasar al recibimiento, no habrá riesgo de que nadie entre... ¡No! Jamás viene nadie... Marieta está en la cocina y la doncella arriba, en el cuarto de costura. Estoy á las órdenes del señor... ¡Ah! Aquí el servicio de la puerta es una ganga. ¡Esto es una tumba! ¡Una verdadera tumba!

Marenval se apoyó en la chimenea para no sentarse dejando en pie al viejo criado de cabello blanco. El comerciante enriquecido tenía esos rasgos de delicadeza y se mostraba siempre dulce con los humildes.

— Giraud, dijo, tengo que hablar á usted de su señorito y de los amigos de éste... Hay cosas que los padres no saben nunca y que son siempre conocidas de los servidores. He preguntado á las señoras y quiero ahora interrogar á usted. Respóndame, pues, con toda franqueza y sin omitir nada.

— El señor puede estar tranquilo; contaré cuanto sepa. No tengo nada que temer ni que perder. Cualquier daño que pudiera hacerse no sería mayor que el que sufrí el día en que prendieron á mi pobre señorito. Un muchacho que se encaramaba en mis rodillas cuando era pequeño y al que iba á buscar al colegio todos los domingos cuando estaba estudiando. ¡Ah, señor, cuántas infamias hay en el mundo!.. No son las personas honradas las mejor tratadas.

— Entonces, ¿está usted también convencido de la inocencia de Jacobo?

— ¿Convencido, señor? Eso es poco. Pondría mi cabeza en un tajo á que no tuvo nada que ver en todo aquel asunto. No había más que verle en el primer momento cuando vino á buscarle aquel salvaje de comisario, para saber que no había hecho nada y que no sabía siquiera de qué se trataba. Si yo no hubiera reprimido mi primer movimiento, entre Miguel el cochero y yo hubiéramos metido en la bodega, como un paquete, al tal comisario y le hubiéramos guardado allí hasta que el señorito se hubiera puesto en salvo. Una vez libre, él hubiera sabido demostrar que no había matado á aquella mujer... ¡El señor, él matar á una mujer! ¡Un joven que se hubiera arrojado al agua para salvar de la muerte á un perro! ¡Hase visto estupidez semejante! Matar á aquella mujer... ¿Para qué, si la amaba? ¿Para robarla? ¡Buena idea! El pobre muchacho le había dado cuanto tenía. ¡Oh! Ella estaba muy celosa de él. Una tarde en que vino á hablarle, estaba como loca de pena. Se estuvo en el vestíbulo, sentada al lado de la ventana y llorando como una Magdalena. Me ofreció todo lo que yo quisiera, su portamonedas, una sortija con un brillante, para que la dejase subir al cuarto del señorito Jacobo. Por más que le decía: «Pero, señora, si el señorito no está en casa... ¿Qué adelantará usted con ver su cuarto? Podría usted encontrar á su madre ó á su hermana, y ya ve usted, ¡qué escándalo! ¡No piense usted en tal cosa!» ella me respondía sollozando: «¡Oh! ¡Preferiría matarme!» Yo estoy convencido de que se suicidó... Cuando se lo conté al juez de instrucción, éste se encogió de hombros. Esos señores de la justicia no son muy amables. Parece que su idea era otra, pues cuando yo volvía á la carga y quería explicar las razones en que me fundaba, me interrumpió secamente indicándome que, según él, estaba divagando. Yo no divagaba, sin embargo, señor, y así como llevo de vida sesenta y cinco años sin haber hecho mal á nadie, el señorito Jacobo no ha matado á esa mujer. ¡No! No la ha matado.

Marenval escuchó atentamente al criado. Había conservado la paciencia necesaria en su antigua profesión para no violentar al cliente. Sabía muy bien que después de los intentos y de las vacilaciones, los negocios se deciden, y esperaba un detalle imprevisto, una circunstancia nueva en el relato apasionado de Giraud. Nada de lo que acababa de oír tenía novedad y se decidió á abordar el asunto que más le interesaba dilucidar.

— ¿Qué influencia cree usted que han podido tener en la conducta de Jacobo los amigos que le rodeaban?

— ¡Oh, señor, eso es muy difícil juzgarlo. El señorito estaba en condiciones muy especiales. Vivía en casa de su madre, viuda, y tenía en casa una señorita joven. No podía, por tanto, recibir aquí mucha gente, y exceptuando el Sr. Tragomer y el señor de Sorege, no conocíamos á sus amigos. A los demás los veía en el círculo, en el teatro, en las carreras, en sociedad. Bien sabe usted que él iba á todas partes, que todo el mundo le invitaba y que él no se hacía rogar cuando se trataba de reír y de divertirse. Era muy vehemente. ¡Oh, demasiado!., y toda esa locura que le ha perdido, era heredada de su padre. ¡El difunto Sr. de Freneuse era terrible! Usted le ha conocido en sus últimos años. ¡Ah, señor, se puede decir que la pobre señora no ha tenido grandes atractivos en la vida! Si la señorita María, que es una santa, no la hubiera compensado con su dulzura y su amabilidad, la señora hubiera sido una verdadera mártir.

Marenval volvió suavemente al asunto que le preocupaba.

— No le pregunto á usted nada sobre el Sr. Tragomer; éste no tiene nada oculto para mí y me parece enteramente recomendable. Pero quisiera saber la opinión de usted acerca del Sr. de Sorege.

Giraud vaciló un instante; pero había prometido decir lo que pensaba y cumplió su palabra.

— Con el respeto debido, señor, diré á usted que ese es un canalla.

— ¿En qué se funda usted para tratarle tan duramente?, preguntó Marenval algo extrañado por aquella vehemencia.

— En nada, señor. Nunca le he visto cometer una acción reprensible ni decir cosa mala; pero eso no impide que le tenga por un canalla.

— Pero, en fin, Giraud, ¿por qué es usted tan severo con ese joven que, según usted mismo confiesa, no ha hecho nada que justifique ese juicio?

— Es un instinto, señor, y eso no se discute. Hay en la calle de al lado un estanco al que yo iba todos los días, desde hace diez años, á comprar mi paquete de rapé. Nunca pude acostumbrarme á la cara de aquel estancero, y siempre que intentaba darme la mano, retiraba yo la mía. Sin embargo, todo el mundo le estimaba y estaba muy bien visto en el barrio. Pues bien, señor, hace tres meses, el tal se ha fugado con los fondos del gobierno y los del propietario del estanco y se han descubierto horrores. En el barrio fué general el asombro al ver que un hombre, al parecer tan honrado, era un despreciable tunante. El señor me creará, si quiere; pero es la verdad que con el Sr. de Sorege me sucede lo mismo que con el estancero. Se ha mostrado siempre bien educado, hasta afable conmigo, pero había en su cara un no sé qué que me repelía y que me hace decir sin vacilar: «Ese hombre es un canalla y se verá el día menos pensado.»

— ¿Venía aquí á menudo?

— Sí, señor, venía mucho al principio; y hasta llegué yo á sospechar que pensaba casarse con la señorita María. Pero su asiduidad no tardó en cambiar de forma y cesó ante el Sr. de Tragomer. La verdad es que el tal Sorege veía desaparecer rápidamente la fortuna de la casa, pues estaba demasiado al corriente de las locuras de su amigo y acaso las fomentaba lo suficiente para saber á qué atenerse respecto al dote de la señorita. Estaba seguro de que el hijo de la casa dejaría en la calle á su familia. Creo en la inocencia del señorito Jacobo, pero no estoy ciego y sé todas sus acciones reprensibles. Todas esas dilapidaciones, todos esos extravíos le han sido bien echados en cara el día de la desgracia. Sus hechos anteriores han pesado duramente sobre él cuando ha tenido que justificarse. El tal Sorege sabía bien que las señoras darían hasta el último céntimo para no comprometer su nombre en asuntos sospechosos, y como el señorito Jacobo era presa de una banda de granujas, su suerte era fácil de adivinar. ¡Ay, señor, el pobre no tuvo tiempo de arruinar á la familia; el destino se encargó de poner coto á su conducta! Estoy seguro, sin embargo, de que las señoras preferirían estar reducidas á pedir limosna á ver al señorito donde está.

— Eso no admite duda, Giraud. Pero, volviendo á Sorege, ¿sus relaciones con Jacobo eran menos asiduas en los últimos tiempos?

— En casa, sí; pero fuera, ¿quién lo sabe? Para mí, señor, el conde de Sorege, con su aparente buena conducta, ha sido el genio malo del señorito. Él le ha creado las dificultades y los apuros; él le ha dado los peores consejos; gozaba viéndole hundirse. ¿Por qué? No lo sé; pero tenía una razón para desear la pérdida y la ruina de su amigo. Una tarde, cuando los negocios del señorito Jacobo iban peor, el señor de Sorege estaba con él en su cuarto y yo bajé para prepararles el te. Cuando volví á entrar, estaban tan acalorados que no se fijaron en mí, y además el señorito no ocultaba nunca lo que hacía, pues no era un solapado como el otro. Entonces oí á mi señor que decía con animación: «Sí, esta existencia es ya imposible... Me iré ó me saltaré la tapa de los sesos...» ¡Si hubiera usted visto entonces la cara del Sr. Sorege! Sus labios se plegaron para desaprobarnos, pero sus ojos brillaban de júbilo. ¡Y su amigo le decía que estaba en el último extremo! ¡Oh! Ese día vi el odio que se albergaba en aquel corazón. ¿Por qué odiaba á mi señorito? ¿Qué le había hecho su amigo Jacobo? Era tan ligero, tan imprudente, tan loco, que podía muy bien ofender á un amigo sin querer y sin saberlo. Mucho hubiera deseado oír el resto de la conversación, pero esperaron que me marchara para seguir hablando. El señorito Jacobo se paseaba agitado como un tigre mientras yo colocaba el te sobre la mesa; estaba pálido y con los puños crispados. Algo muy serio debía sucederle aquel día, porque el señorito Jacobo tomaba habitualmente las cosas á juego y era preciso mucho para hacerle salir de su descuido. Al cerrar yo la puerta, el Sr. Sorege reanudó la conversación y dijo: «Estás loco, pobre muchacho. ¡Tienes ya á Lea y te vas á meter!..» Tuve que cerrar y renunciar á oír el resto. Aquella vez, señor, la única en mi vida, tuve deseo de escuchar á la puerta, aunque no sea este un procedimiento conveniente para un criado que se estima; pero mis costumbres de discreción pudieron más y me fuí sin saber lo que acaso hubiera sido tan interesante que supiese. Porque se trataba de esa Lea, que ha perdido al señorito Jacobo, que estaba loca por él. Si no entendí mal, en aquel momento lo que el Sr. Sorege quería decir era que su amigo se había metido en una nueva intriga con otra mujer. Pero ¡Dios mío! ¿No tenía bastante

con la italiana, esa perdida, que derretía el dinero como manteca y había convertido al señorito Jacobo en jugador para aprovecharse de las ganancias y dejarle á él los apuros de las pérdidas? ¡Ah, señor, qué mala mujer! ¡Si se supiera lo que una mujer así puede dañar á un pobre muchacho débil y vanidoso! Bien lo hemos aprendido, por nuestra desgracia...

— ¿Cuál fué la actitud del Sr. de Sorege en el momento de la catástrofe?

— Muy correcta, señor, demasiado correcta.

— ¿Cómo así?

— Ese señor, que no parecía muy alterado, vino en el primer momento á ponerse á las órdenes de la señora. Estaba tranquilo y frío y su actitud indicaba la preparación. Nada era en él natural; parecía un actor. No sé si me hago comprender bien...

— Perfectamente.

— El Sr. Tragomer, en cambio, estaba como loco y no acertaba á pronunciar palabra. El Sr. Maugirón lloraba á lágrima viva. Todos habían perdido la cabeza menos el Sr. de Sorege, que conservaba toda la suya. Me pidió las llaves y estuvo largo rato registrando los cajones del señorito. Pero el comisario de policía había registrado ya y no había nada que encontrar. Todo su empeño era hallar una fotografía. Me pidió noticias: una gran tarjeta, que estaba en el cajón de los cigarros y que yo había debido ver. Le dije que sabía dónde estaba; el señorito la había puesto el día anterior en su saco de viaje. No bien lo hubo oído, se arrojó sobre ella, así, literalmente, y ris..., ras..., la hizo veinte pedazos en un segundo sin que yo pudiese impedirlo... Tampoco pensé en ello. ¡Una fotografía de mujer! La cosa no era extraordinaria ni preciosa, sobre todo en el momento de la catástrofe. Después he pensado en aquella prisa del Sr. de Sorege para destruir el retrato, y esto me ha preocupado, pero no he podido comprender qué motivo tuvo para obrar así. Después de todo, acaso lo hiciese en interés del señorito Jacobo; acaso también fuese en su propio interés. Después de las pruebas de simpatía que Sorege dió en el primer momento á la señora, se fué separando poco á poco de la casa. No le acuso por ello; ha hecho lo que los demás. En la causa declaró con mucho calor en favor del señorito Jacobo, y según he sabido, pues no siempre puede estar presente, trató de probar su inocencia y de atenuar su responsabilidad. En fin, todo el mundo aprobó su conducta y la señora le dió las gracias. ¡Buen provecho le haga! Desde entonces no le he vuelto á ver. Mi pobre cabeza se ha debilitado mucho con la soledad y con la pena, lo que, seguramente, me habrá hecho olvidar muchos detalles. Pero lo absolutamente cierto es que el Sr. de Sorege no era un amigo sincero del señorito Jacobo, al que envidiaba, y que el día en que le vió perdido aparentó querer salvarle porque estaba seguro de no lograrlo.

El viejo se calló. Sus manos temblaban de emoción y sus mejillas estaban surcadas por gruesas lágrimas. Marenval, en tanto, reflexionaba profundamente. Por fin el criado, viendo que su interlocutor no le hacía más preguntas, se atrevió á formular una á su vez.

— Si el señor me permitiera preguntarle por qué razón vuelve sobre este triste pasado. Seguramente no es por curiosidad ni por el placer de remover esos malos recuerdos. ¿Acaso espera el señor un cambio en la situación?

Marenval salió de su meditación, miró al criado con un interés que nunca le había manifestado y dijo, poniéndole una mano en el hombro:

— No se sabe lo que puede ocurrir, amigo Giraud. En este mundo no hay nada definitivo más que la muerte, y Jacobo está vivo y aun creo que en buena salud.

— ¡Era tan joven y tan vigoroso! Pero la pena..., el arrepentimiento... ¡Eso destruye al más fuerte! Además el clima...

— No es malo, Giraud; no tiene nada de malo. En cuanto á los informes que he venido á tomar, eran indispensables. Se trata del matrimonio del señor de Sorege.

— ¡Casarse! Oiga usted, señor; no soy más que un pobre hombre y el Sr. de Sorege es un conde, tiene fortuna, relaciones, todo. Pues bien: si yo tuviera una hija, preferiría que se quedase para vestir imágenes á casarla con él.

Marenval se echó á reír.

— Tranquilícese usted. Creo que el negocio ha fracasado. Gracias por sus confidencias, Giraud; espero que me serán útiles.

Se puso el gabán de pieles, hizo un signo amistoso al criado y acompañado por él salió al patio, se dirigió á su coche y dió orden de conducirlo á casa del Sr. Tragomer. Eran las cuatro. El coche rodaba al trote cadencioso del caballo, y Marenval, arrebujado en un rincón, reflexionaba sobre los datos con-

tradictorios que acababa de oír acerca del personaje que le interesaba.

Por una parte la señora de Freneuse tenía á Sorege por un perfecto caballero que había ejercido saludable influencia sobre su hijo. Por otra, María declaraba que el amigo de su hermano le había desagradado siempre y que le creía más hábil que leal. En fin, lo que era más grave y verdaderamente interesante, la opinión del criado de confianza. Este había estado en condiciones de ver y de juzgar. Si es cierto que no hay grande hombre para su ayuda de cámara, con más razón no hay fingimiento posible para el criado que todo lo ve y lo oye.

Forzosamente Giraud había observado á su señor y á los amigos de su señor. Todos habían pasado por el tamiz de sus observaciones diarias y su convicción era por fuerza la más justificada. Por otra parte, en lo que contaba acerca de las relaciones de Sorege y de Jacobo había muchos detalles verosímiles. ¡Qué rayos de luz esclarecían la conducta de aquel hombre, dado lo que sospechaba Marenval! No era posible comprender aún, pero las grandes líneas del asunto empezaban ya á dibujarse.

A no dudar, Sorege había intervenido en el negocio. ¿Cómo? ¿A qué título? Este era el punto oscuro, ó mejor dicho, este era el asunto mismo. En lo ocurrido dos años antes había habido circunstancias difíciles de explicar, aun cuando nadie ponía en duda la personalidad de Lea. Ahora todo era incomprensible. Marenval recordaba algunas protestas de Jacobo, que nadie había tenido en cuenta.

Cuando Jacobo fué preso, estaba en el Havre y nunca pudo explicar claramente qué había ido á hacer allí. Nadie había comprendido tampoco por qué se detuvo veinticuatro horas en vez de tomar el vapor y salir para América. ¿Qué esperaba? La acusación decía: «Un cómplice.» Pero ¿cuál? Había sido imposible encontrar ninguno. ¿Sería Sorege? Marenval se lo preguntaba y no encontraba una respuesta aceptable. Si Sorege había sido cómplice, ¿quién era la mujer muerta en la calle de Marbeuf? Porque no había que perder de vista que, en realidad, se había cometido un crimen y que si Lea Peralli vivía, otra había sido asesinada en su lugar.

Entonces, ¿quién era esa otra y quién el matador? Aquí el problema se presentaba sin solución. Si, en rigor, se veía el interés que Jacobo pudo tener en matar á Lea, no era posible comprender por qué había asesinado á otra mujer. El buen Cipriano no había nunca brillado por su inventiva, y por muy lealmente que se rompía la cabeza buscando la clave del enigma, no podía encontrarla. Adivinaba que había un misterio en todo esto, pero no se sentía con fuerzas para descubrirlo.

En este instante un capricho del pensamiento le hizo ver las dificultades con que iba á tropezar voluntariamente y las molestias que le iban á resultar. ¡Qué! A su edad, cuando tenía todo lo necesario para ser dichoso, una inmensa fortuna, buena salud, una sociedad agradable, amigos afectuosos y cuantas mujeres pudiera desear, pensaba meterse en el laberinto de una rehabilitación muy problemática, porque un auzal le había hecho ver que podría representar en este asunto un buen papel... ¿No era el mejor de todos vivir lo más agradablemente posible, apartando de sí toda complicación? Su existencia era dichosa: ¿convenía hacerla insostenible por continuas alarmas y sacudidas? ¿No era mejor dejarse llevar blandamente por la corriente del río, en vez de remar con furia para abordar á playas sembradas de peligros?

¡Ah! Durante aquellos momentos en que dejó hablar á su razón de hombre de mundo, Marenval se vió muy perplejo y pudo echar sobre su destino una mirada de perfecta claridad. Vió todo lo que arriesgaba, y para gloria suya, se decidió por el peligro, cuando no tenía más que pronunciar una palabra para asegurar su tranquilidad. Un hermoso impulso de su ánimo pudo más que todo. La madre y la hermana de Jacobo, irremediamente desoladas, y aquel desgraciado joven sufriendo á miles de leguas un ultraje y una vergüenza inmerecidos, surgieron en su ánimo con fuerza irresistible.

Después de todo y pensándolo bien, sus amigos del círculo, sus camaradas de la vida alegre, las bellas jóvenes de la aristocracia, que no tenían para él sino miradas indiferentes, las muchachas que le tuteaban y le trataban como á un abuelo generoso, pero sin deferencia alguna, le interesaban muy poco. Todos los que componían su público, por cuya admiración trabajaba con tanto ardor desde que se retiró de los negocios, se agruparon en su mente como un cuadro, y le pareció que todos aquellos ámbrosos del éxito y del renombre dirigían hacia él sus miradas como para preguntarle:

«¿Por qué se decidirá? ¿Adoptará la causa de los oprimidos ó sacrificará la inocencia á su ociosidad?

¿Podremos incluirle entre las personalidades que llaman la atención en cuanto se presentan en cualquier parte, ó seguiremos mirándole por encima del hombro como á un advenedizo? ¿Será, en fin, un héroe ó un hombre vulgar?

A esta conclusión, Marenval dió un salto en los almohadones de su berlina. Su cara se puso roja, apretó los puños y dijo en voz alta, como respondiendo á todos aquellos personajes que, burlones ó benévolos, le acechaban para juzgarle en última instancia:

«¡Se han burlado de mí, me han desdeñado; pues bien, ya verán de lo que es capaz Marenval! ¡Aunque supiera que en el fondo de este asunto estaba el mismo diablo, iré á ese fondo y le pondré en claro, como si fuera una cuenta de mercancías.»

El coche se detuvo en este momento y Marenval pensó: «Ya no es tiempo de retroceder; me he empeñado á mí mismo mi palabra. Vamos á ver qué piensa Tragomer de las noticias que le traigo.» Descendió de la berlina y entró en la casa.

III

El aliado de Marenval, por su parte, no había permanecido ocioso. En cuanto volvió de su viaje alrededor del mundo, se ocupó en los cuidados de su nueva instalación. Un hombre rico, bien emparentado y miembro de los principales círculos, no puede instalarse como un extranjero que viene á pasar seis meses en París. Tuvo, pues, que buscar una casa, disponerla á su gusto, amueblarla, comprar caballos y ajustar servidumbre. Durante unas semanas, Tragomer vivió como en campaña, ocupándose de esos menesteres, comiendo en el círculo y viendo tan sólo á sus parientes y á algunos amigos íntimos. La comida en que había encontrado á Marenval era la primera de ese género á que asistía. Le había llevado Maugirón, y Tragomer no sospechaba las consecuencias que iba á tener aquella fiesta, á la que concurría sin propósito alguno.

Pero el noble bretón, reflexivo, tranquilo y tenaz, desde el momento en que cerró su convenio con Marenval no tuvo más que un pensamiento: conseguir lo que se habían propuesto. Desde el día siguiente se puso en campaña. Hacía dos años que tenía casi olvidado á Sorege, pues su intimidad con él cesó naturalmente en cuanto la condesa de Freneuse hizo desaparecer el lazo que les unía. Había visto al conde muy afectado, en apariencia, por la desgracia del amigo común, y le había oído deplorar las locuras que le habían conducido á tal catástrofe y defenderle con generoso ardor contra las censuras de los indiferentes. Poco tiempo después emprendió su viaje y no sabía qué había sido de Sorege.

Cuando se encontraban en el círculo se saludaban y cada uno se iba por su lado. Entre aquellos dos hombres que durante años habían vivido juntos y que se tuteaban, existía una frialdad glacial y parecía que hasta les costaba trabajo saludarse, como si se odiasen. Tragomer, sin embargo, no experimentaba sentimientos hostiles hacia Sorege. Aun en el tiempo en que eran camaradas, no le había querido. La naturalidad franca y viva del uno no concordaba bien con el temperamento frío y calculador del otro. Sorege había sido siempre reservado con Tragomer y cuando éste se lo hacía observar á su amigo común, Jacobo respondía:

«Déjale. Hay que tomar á Juan como es; no conseguiremos cambiarle. Es un diplomático; jamás dice lo que piensa.»

Precisamente la certidumbre de que Sorege no hablaba nunca con franqueza era lo que alejaba de él á Tragomer, el cual decía con frecuencia á Freneuse cuando éste le acusaba de su alejamiento:

— ¡Qué quieres! ¡No lo puedo remediar! No me gusta nada ese joven. Cuando estoy al lado suyo me parece que tiene puesta una careta.

— Entonces, es un gran compañero para ir al baile de la Opera, replicaba alegremente Jacobo que, con su carácter turbulento, no tenía tiempo de estudiar á sus compañeros de locuras.

Fuera de esto, no se podía menos de hacer justicia á Sorege, y Tragomer no podía negar que el amigo de Jacobo era un hombre perfectamente educado, instruído, elegante y de cara agradable, muy valiente, según había probado en diversas ocasiones, y de excelente consejo cuando se le consultaba un asunto difícil. Frisaba en los treinta años, era de estatura mediana, cabello castaño, barba cortada en punta y algo clara, bigote retorcido y ojos muy cubiertos con los párpados, lo que daba á su fisonomía un aspecto de firmeza.

Cuando estaba callado y su mirada velada se deslizaba imperceptible á través de las pestañas, era imposible adivinar lo que pensaba.

(Continuará)

MONUMENTO ERIGIDO EN CABO MARTIN

Á LA

MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA.

La emperatriz Isabel de Austria, villanamente asesinada en Ginebra el verano último, tenía la costumbre desde hacía algunos años de pasar una temporada en Cabo Martín, cerca de Menton. Allí, en aquel delicioso paisaje de la costa Azul, buscaba refugio á su melancolía, y su dolor inconsolable hallaba, si no el olvido, por lo menos alguna distracción. Ocupaba la emperatriz un ala del hotel Cabo Martín, adonde iba á verla y á permanecer algunas semanas á su lado el emperador Francisco José.

Después del trágico suceso que puso fin á la existencia de la soberana, la colonia austro-húngara de aquella parte del litoral mediterráneo concibió el proyecto de perpetuar la memoria de la malograda emperatriz por medio de un monumento erigido en aquel lugar de su predilección.

Este monumento, obra de M. Tersling, ha sido inaugurado hace pocos días: como puede verse por el grabado adjunto, es en extremo sencillo; consiste en un obelisco de piedra gris levantado sobre un basamento con revestimientos de bronce y coronado por la corona y las águilas imperiales. En la cara principal del obelisco se lee la inscripción siguiente:

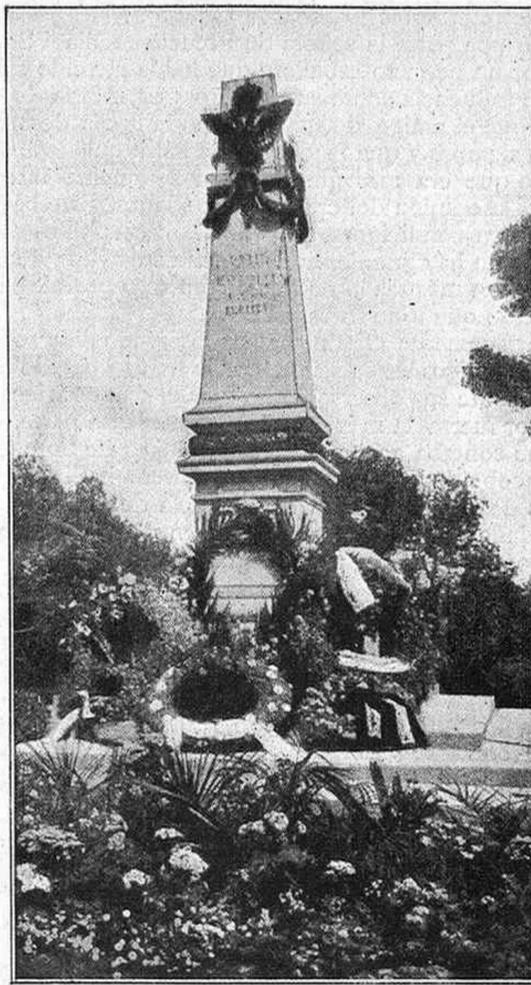
EN RECUERDO DE LA PERMANENCIA EN EL CABO MARTIN DE S. M. ISABEL EMPERATRIZ DE AUSTRIA Y REINA DE HUNGRÍA

MDCCCXCIV
MDCCCXCV
MDCCCXCVI
MDCCCXCVII

Debajo de esta inscripción hay unas estrofas de una oda de Mme. Montgomery.

Gracias á la feliz elección del sitio en que se ha levantado, este obelisco destaca sobre un fondo de pinos y romeros, detrás del cual se distinguen las azuladas olas de la bahía del cabo.

La ceremonia de la inauguración reunió en torno del zócalo, adornado con multitud de coronas ofrecidas por el comité de suscripción, por la reina de Inglaterra y por otros personajes y corporaciones, no



MONUMENTO Á LA EMPERATRIZ DE AUSTRIA RECIENTEMENTE INAUGURADO EN CABO MARTÍN, obra de M. Tersling

sólo á la colonia austro-húngara y á la delegación nacional, sino que también un numeroso público, en el cual se veía á los representantes del gobierno francés, el general Joly, gobernador de Niza, el alcalde de Menton y los consejeros generales del departamento. Después de una misa celebrada en un altar impro-

visado al aire libre, monseñor Chapon, obispo de Niza, bendijo el monumento y pronunció el elogio fúnebre de la emperatriz: pronunciáronse, además, otros discursos; las músicas entonaron el himno austriaco, el himno húngaro y la Marsellesa, ejecutóse una cantata de Mme. Henry Greville y se recitó la oda de Mme. Montgomery.

El monumento, erigido por suscripción, ha costado 10.000 francos.

EL HIMNO DE LA FIESTA

DIBUJO DE JOSÉ GALLEGOS

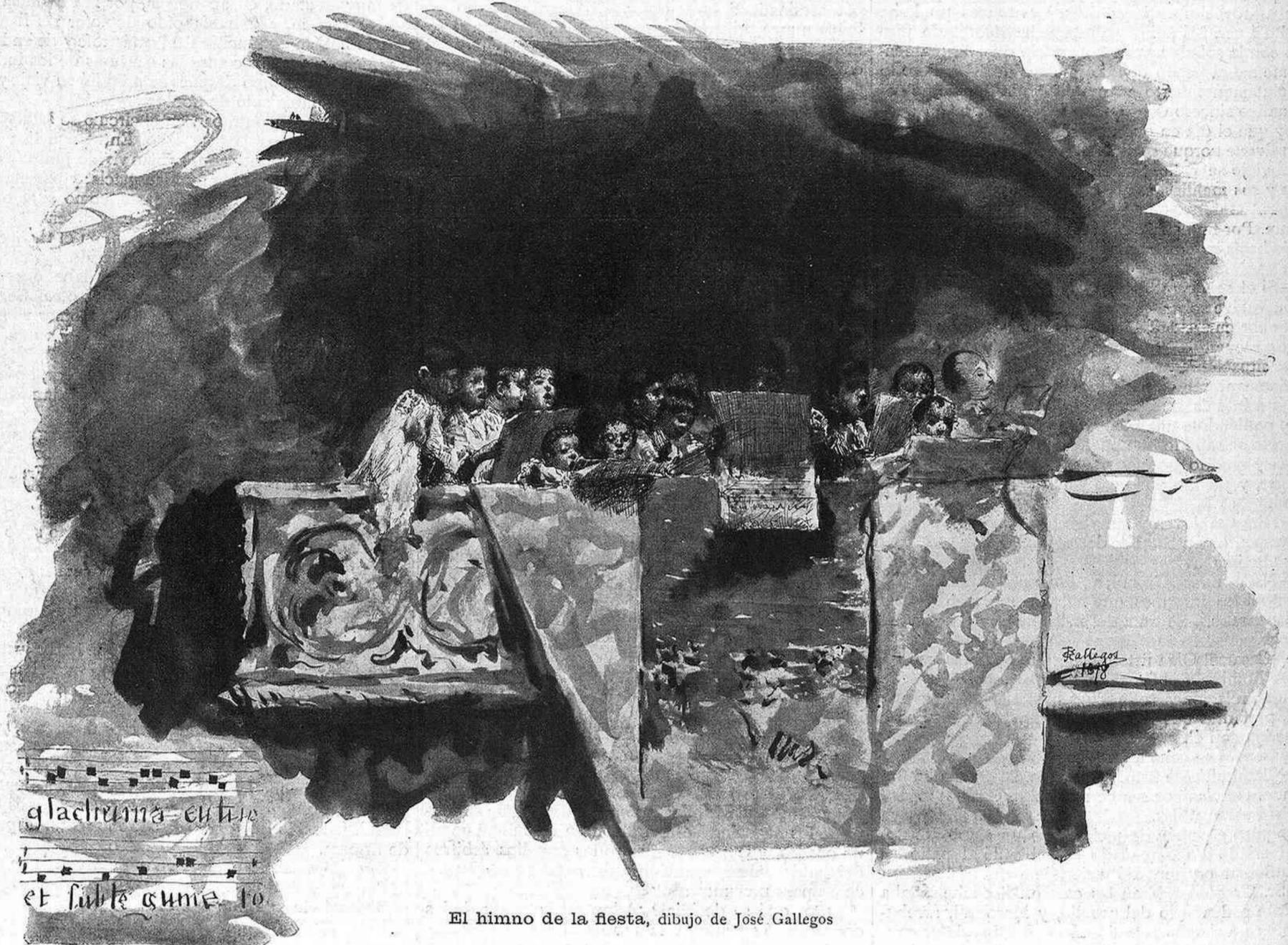
La mayor prueba de la valía de un artista es el aprecio que de sus obras se hace en el extranjero, pues aun cuando dice el refrán que «el arte no tiene patria,» éste, como tantos otros proverbios, es de una verdad muy relativa. En realidad, los pueblos están celosos de sus artistas y sólo rinden parias á los extraños cuando éstos se imponen. Pues bien: nuestro compatriota Gallegos se ha impuesto y su firma es tan estimada como en España, y aún más si cabe, fuera de ella: sus obras tienen segura salida en los mercados de Italia, Francia, Alemania, Inglaterra y de otros países, y su colaboración es solicitada por las principales revistas.

El precioso dibujo suyo que en esta página reproducimos es una nueva muestra de su maestría: esa colección de bellísimas cabecitas, algunas de ellas simplemente abocetadas, constituyen otros tantos estudios que revelan una observación profunda y una habilidad grande en el manejo de los pinceles.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MEMORIAS DEL COMITÉ NACIONAL ESPAÑOL Y DE LA COMISIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA PARA LA SUSCRIPCIÓN NACIONAL. MONTEVIDEO. — Si no supiéramos cuánto han hecho por la madre patria los españoles residentes en el Uruguay, nos lo diría elocuentemente el libro que nos ocupa: en él se copian las actas de los centros españoles que fomentaron las suscripciones mensual y nacional que tan grandes resultados produjeron y las listas de los que con sus donativos á dichas suscripciones contribuyeron. Este tomo, impreso en la tipografía «El siglo ilustrado,» es un verdadero monumento patriótico que en honor de España han erigido sus hijos establecidos en aquella floreciente república.



El himno de la fiesta, dibujo de José Gallegos

CARA Y CREU, por Santiago Boy. - Entre nuestros escritores regionalistas pocos igualan a Santiago Boy en el arte de reproducir los cuadros de costumbres populares barcelonesas. Sus narraciones son, permitásenos la frase, fotografías habladas, pues leyéndolas se ve y se oye cuanto el autor describe en ellas con todo el relieve de la misma realidad. Tiene además el Sr. Boy una habilidad especial en el manejo del chiste; sabe prodigar siempre oportunamente la gracia á manos llenas, promoviendo sus artículos festivos desde el principio al fin la más franca risa, lo cual no impide que en algunos otros trabajos del libro que nos ocupa prevalezca, tratada con igual habilidad, la nota del sentimiento. *Cara y creu* se vende á una peseta.

BUSCAR TRES PIES AL GATO, por Alfonso Karr. - Tratándose de una novela del ilustre cuanto popular autor francés, están de sobra los elogios; así es que únicamente diremos, á propósito de la edición española que forma parte de la «Colección Diamante» publicada en esta ciudad por D. Antonio López, que la traducción está correctamente hecha y que el libro se vende á dos reales.

CANTARES BATURROS, por Alberto Casañal Shaker. - El distinguido escritor Sr. Casañal Shaker, de cuyos *Cuentos baturros* nos ocupamos hace algún tiempo con el elogio que merecen, ha publicado últimamente una colección de trescientos cantares genuinamente aragoneses: chistosos unos, sentidos otros, todos encierran un bonito pensamiento y todos tienen el verdadero sabor de la tierra, ese sabor especial y agradable que tan popular ha hecho todo lo baturro. El libro del Sr. Casañal se vende á dos reales.

CYRANO DE BERGERAC, tragicomedia en cinco actos en verso. Versión castellana de Luis Vía, José O. Martí y Emilio Tintorer. - Se ha publicado impresa esta obra que ha obtenido en Madrid un éxito extraordinario y que ha sido la obra de la temporada en el teatro Español. A este brillante resultado ha contribuido principalmente la indiscutible valía del trabajo de los distinguidos poetas catalanes Sres. Vía, Martí y Tintorer, quienes al verter fielmente al idioma castellano la interesante tragicomedia de Rostand la han revestido de una forma genuinamente española merced á una versificación fácil y armoniosa que recuerda en muchos puntos las mejores producciones de

nuestro teatro clásico. Impresa en la imprenta «La Renaixença» la traducción de *Cyrano de Bergerac* se vende á tres pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, revista quincenal madrileña; *Boletín bibliográfico español*, publicación mensual madrileña autorizada por el ministerio de Fomento; *Revista valenciana de Ciencias Médicas*, publicación mensual; *El criterio católico en las Ciencias Médicas*, revista mensual barcelonesa; *La medicina científica en España*, revista mensual barcelonesa; *El Jurado médico-farmacéutico*, revista semanal madrileña; *Revista de Extremadura*, que se publica cada dos meses en Cáceres; *La Alhambra*, revista quincenal granadina; *Unión ibero-americana*, que se publica en Madrid cuatro veces al mes; *El Crepúsculo*, periódico literario quincenal de Guayaquil; *El Peruano*, boletín oficial del Perú; *El Herald*, diario de Cochabamba (Bolivia); *El istmo de Panamá*, bisemanario colombiano; *La noografía*, revista mensual bonaerense dedicada á la imprenta, á la librería y á las demás artes gráficas; *El Diario Español*, de San Paulo (Brasil).

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BI BARRAL
 Disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

CACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
 ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas
 Afecciones del Corazon,
 Hidropesias,
 Toses nerviosas;
 Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

El más eficaz de los
 Ferruginos contra la
 Anemia, Clorosis,
 Empobrecimiento de la Sangre,
 Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTE
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el más PODEROSO
 que se conoce, en pocion ó
 en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas
 fácil el labor del parto y
 detienen las pérdidas.
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, y P. RIF
 LA MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desechan de las Imitaciones.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORS, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero
HIERRO QUEVENNE
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 - 1872 - 1873 - 1876 - 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT
 VINO • de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. • de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afeccion
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. YVRE y C^{ie}, Nos. 102, B. Richelieu, Paris.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
 de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las Afecciones del
 pecho, Catarros, Mal de gar-
 ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
 Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
 ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
 de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
 los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



EL CÉLEBRE ACTOR JAPONÉS ICHIKAWA DANJURO



DANJURO EN EL PAPEL DE IWAFUGI



DANJURO EN EL PAPEL DE JIRAIYA

El famoso actor japonés Ichikawa Danjuro pertenece á una familia que desde 1673 y durante nueve generaciones se ha dedicado al teatro: cuenta actualmente sesenta y cinco años y debuto á la edad de tres; ha sido un verdadero revolucionario en la escena japonesa, pues rompiendo con las tradiciones de la misma ha suprimido, entre otras cosas, los colorines con que se embadurnan el rostro otros actores y el acompañamiento musical que obligaba al actor á ajustar su voz al tono de la

música, dando á su declamación un carácter artificial sumamente desagradable para los europeos. Mr. Danjuro representa indistintamente papeles de hombre y de mujer, y á pesar de sus años baila con notable agilidad cuando el papel lo requiere. Las clases elevadas del Japón no asisten á las representaciones teatrales públicas, á las cuales sólo concurren la gente de las clases media y baja, lo cual no es óbice para que los actores perciban grandes sueldos: baste consignar, en prueba de

ello, que en una temporada de cuatro semanas que hizo últimamente Mr. Danjuro en Osaka ganó 5.000 libras esterlinas (125.000 pesetas). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que cuando representa este actor los precios se aumentan considerablemente, y que de aquellas ganancias de Osaka, las dos quintas partes ó sean 50.000 pesetas las gastó el actor, siguiendo las leyes de una generosa etiqueta, en regalos, refrescos, banquetes y otros obsequios á sus amigos y conocidos. - X.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** ▶
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**
prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.*
102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

(OBESIDAD)
trataada con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS DE REDUCCIÓN DE MARIENBAD

Paris 8, rue Vivienne En las principales Farmacias

del D^r SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin olores.

APIOLINA CHAPOTEAUT
NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emanogogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

AGUA LEHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria